

**ENTRE LOS FUSILES
NO SE ESCUCHAN LAS
VOCES**



Entre los fusiles no se escuchan las voces

Proyecto: Memoria y reparación

Entre los fusiles no se escuchan las voces



Entre los fusiles no se escuchan las voces

Proyecto Memoria y Reparación

Primera edición, noviembre 2025

Investigación y elaboración, 2020-2024

Coordinadora general

María Clara Leal Murillo

Equipo coordinador

Yadira Tatiana Urrea Basto

Lina María López Gallego

Equipo psicosocial

Bibiana María Mejía Builes

Andrea Julieth Meyer Patarroyo

Brigitte Camila Rodríguez Arias

Tania Yurley Barón Parada

Laura Alejandra Tapiero Hueso

Stephanía Peña de la Pava

Equipo de investigación

Brigitte Camila Rodríguez Arias

Dayana Ospino Solano

María Clara Leal Murillo

Lina María López Gallego

Equipo de redacción

Alejandro Perdomo Barona

Apoyo en redacción

Érika Forero Arias

Edición y corrección de estilo

Lina María López Gallego

María Clara Leal Murillo

Ilustración

Simón Rodríguez Pinzón
Carlos Javier Bernal Cantor
Valentina Torres Aguirre

Diseño y diagramación

Alejandro Perdomo Barona
Valentina Torres Aguirre

Equipo de difusión y comunicaciones

María José Ramírez García
Rafael Felipe Barco López
Lina Alejandra Restrepo Guio
Valentina Torres Aguirre

Equipo de apoyo institucional

Fundación Colombiana de Miembros de la
Fuerza Pública y sus Familias Víctimas del Conflicto
Armado en Colombia-ACOMIDES

Otros apoyos institucionales

O.N.G. Fundación Territorio Cacique Hyntiba
Corporación Rosa Blanca Colombia
Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano
Corporación Universitaria Iberoamericana
Fundación Universitaria del Área Andina

Bogotá, D.C., 2025

ISBN: 978-628-02-1080-3



Licencia Pública Internacional — CC BY-NC-SA 4.0
Creative Commons
Atribución/Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 4.0

Nota aclaratoria

Esta historia ha sido construida a partir de las narraciones de miembros de la familia, tomadas mediante entrevistas directas. En estas se recogen las emociones, opiniones, percepciones y recuerdos que construyen la memoria colectiva de los hechos violentos vivenciados. Los nombres de lugares, personas, hechos, fechas y otra información consignada en el texto hacen parte de los relatos recogidos de las fuentes primarias, y así mismo, toda adaptación narrativa ha sido aprobada expresamente por los involucrados.

Dedicatoria:

A Dios y a mis padres por estar conmigo
en la difícil época que viví, porque
estuvieron apoyándome y esperándome
y nunca se olvidaron de mí.

A mis hijas por ser mi motor y alegría,
por darme la fuerza para salir adelante
en la construcción de una nueva vida.

Gracias a todos, este libro es para ellos.

Carlos Javier Bernal Cantor

Tabla de contenido

Nota aclaratoria	6
Prólogo	15
I. Nacer	21
II. Las dos casas	33
III. El rojo que narran las voces	41
IV. Cambios	55
V. Ruidos en la base	63
VI. La intervención divina	71
VII. Noche para otras aguas	77
VIII. Tronco y lona	83
IX. Otra privacidad	89
X. Cartas de esperanza	95
XI. El fantasma	107
XII. Monotonía y fuga	119
XIII. Entre púas y desespero	133
XIV. La visita	145
XV. El último viaje	151
XVI. El revuelo	161
XVII. 22 años	177
Epílogo	185

Agradecimientos

El proyecto de Memoria y Reparación agradece a Carlos Javier Bernal Cantor y a los miembros de su familia, a su querida madre Luz María Cantor Roa y a su hermano John Alexander Cantor y todas las demás personas que participaron y apoyaron este proyecto, quienes por más de 3 años han relatado sus historias, compartido sus reflexiones y nos han permitido sumarnos a su lucha para que sus voces no sean acalladas y su dolor no quede en el olvido de un país que no deja de padecer a causa del conflicto armado.

Así mismo agradecemos profundamente a Yesika Manuela Páez Rojas, quien, desde su interés por visibilizar a las familias de los miembros de la fuerza pública víctimas del conflicto armado interno en Colombia, tuvo la inquietud, la sensibilidad y el interés en que fuera escuchada la historia de su familia y sembró la semilla para que este proyecto pudiera existir.

Gracias, familia, por la confianza, la constancia y el compromiso con el proyecto, porque si no hubiera sido así, no lo habríamos logrado. Gracias por la valentía para contar su historia, porque nunca será fácil hablar sobre lo que nos ha dañado, pero ustedes lo hicieron con la noble pretensión de que la memoria nos sirva para evitar que otros vivan la guerra.

Agradecemos al equipo que trabajó con la familia de manera voluntaria, cada uno logró comprometerse con la construcción de paz y aportar desde el amor, la constancia, el compromiso y dedicación que dieron al proyecto. En especial, agradecemos su alta sensibilidad y la capacidad para analizar y comprender los dualismos de la guerra, reconociendo que nos enfrentamos a una violencia estructural en la que la pobreza y el poder, entre otras causas, nos ha llevado a este conflicto.

Gracias al equipo de apoyo a la coordinación y al equipo psicosocial, por ser soporte constante de todo el andamiaje que ha implicado este proceso. Gracias a las universidades que acompañaron a sus practicantes y

a las organizaciones que apoyaron el trabajo realizado.

Agradecemos a todos quienes lo hicieron posible, porque a pesar de las tormentas no dejamos de creer en la posibilidad de construir paz a través de la escucha activa a las familias. Confiamos que podamos seguir aportando desde el más profundo amor a la construcción de paz en nuestro país

Prólogo

Hablar de la paz en Colombia necesariamente me lleva a una reflexión sobre la historia del conflicto que hemos vivido y, en especial, me enseña sobre las maneras cómo cada persona va encontrando razones para seguir adelante, pese al dolor, a la injusticia, a la poca equidad y, sobre todo, a esa sensación de soledad que invade.

Me ha sido muy significativo comprender que cuando se habla de perdón, se está colocando en la víctima la carga de realizar la acción de perdonar, mientras que cuando se habla de verdad, la responsabilidad de la acción recae en quien generó la situación de violencia. Algo no menor en un proyecto que trabaja con familias que se sienten víctimas del conflicto en Colombia, a pesar de no ser reconocidas de esta manera por las instituciones que las han vulnerado.

Este proyecto nace cuando Yesika Manuela Páez Rojas (quien en ese momento, 2020, era una estudiante universitaria de psicología) nos expresó que varias familias

de miembros de la fuerza pública deseaban contar sus historias para evidenciar lo sucedido de manera escrita, como una forma de hacer visible la situación que han atravesado a lo largo de todos estos años, en los que no han encontrado respuestas a sus preguntas.

Durante este proyecto pudimos conocer 69 familias y realizar un trabajo focalizado en las 8 familias que decidieron emprender el proceso de escritura, pese a la desconfianza aprendida de experiencias pasadas y la distancia geográfica que nos ubicaba a unos y otros. Pronto, el proyecto pudo establecer principios de confianza y la virtualidad nos logró acercar. Hoy llegan a sus manos estos textos que nos permiten escuchar la voz de quienes habitualmente han sido acallados, para reflexionar sobre la verdad y promover la paz.

Las familias de la fuerza pública que participaron en este proyecto nos han enseñado que viven intensamente un debate entre sentirse parte y a la vez sentirse abandonadas por “la institución”, como suelen llamarla.

Este proyecto también ha motivado reflexiones sobre quienes son o pueden llamarse víctimas y, en especial, ha logrado que ese binario de víctima/victimario se llene de matices, permitiendo ampliar ese marco de referencia muy estrecho de buenos y malos que no existe, porque en una guerra lo único que existe es el dolor.

La familia de Carlos Javier Bernal Cantor sabe que la guerra ha dejado marcas que aún sienten en el día a día. Estar en libertad y tener vida no es solamente dejar de tener cadenas físicas que aten el cuerpo, es también contar con la posibilidad de elegir la vida que se desea vivir y tener las posibilidades para hacerla realidad. Carlos ha visto sesgado su propósito de vida y lucha día a día para encontrar su felicidad.

La historia de Carlos Javier Bernal y su familia no es solo la historia de su vida, es la evidencia de unas violencias estructurales y simbólicas que se han tejido a lo largo de las vidas de todas las familias del proyecto. Historias en donde la pobreza les ha generado una condición social llena de obstáculos y les ha creado la imagen de la guerra como la única o la mejor opción para tener

un salario digno, un trabajo, una posibilidad de alcanzar sus sueños de construir una familia y prosperar. Algunos ingresaron en las filas de la fuerza pública cargados de ilusión, otros en contra de su voluntad y otros solo por obtener la libreta militar; pero no volvieron, y muchos de los que pudieron volver, lo hicieron incapacitados para poder seguir trabajando.

Así que la conclusión más cruel y despiadada, que se manifiesta en cada texto, es que la guerra solo deja dolor a todas las personas: no hay ganadores, no hay vencedores; todas las personas perdemos.

Y aunque puede ser demoledor saberlo, escuchándolo de quienes viven más de cerca el dolor, fundamenta a la vez la motivación para reconocer que el único camino es y será la paz, el diálogo y la reparación.

María Clara Leal Murillo

I Nacer



Aunque todas las casas eran de madera, en Miraflores se movía mucha plata, la gente no vivía en la miseria; el narcotráfico era la mayor fuente de ingresos para ellos, y allá no querían nada que fuera antinarcóticos, como la policía.

La compañía de Javier llegó a Miraflores el 20 de julio de 1998, y desde el primer momento en que descendieron del avión todo les hacía saber que no eran bienvenidos, sin embargo, ahí debían permanecer hasta terminar el resto de su servicio militar; y para eso faltaba mucho aún.

Hacía 10 meses que Carlos Javier se había presentado al distrito 3 en Bogotá, donde le dieron una boleta que le informaba sobre su cita en el Polideportivo Cayetano, donde lo reclutaron.

—Bueno y qué tengo que llevar al Polideportivo —preguntó Javier.

—Nada mijo, una cadena, un candado y mucha plata para que me gaste —le respondió el sargento que le dio la boleta.

Así que el 15 de noviembre de 1997 se presentaría al Polideportivo; él iba por la libreta, que era un requisito para conseguir trabajo en la ciudad e iba por la experiencia, que no quería conocerla por boca de terceros; quería viajar, conocer más de Colombia, y el ejército era su oportunidad; porque, así como le exigían tener la libreta, él exigía que le dieran una experiencia que valiera la pena.

Esa mañana se despertó muy temprano, tenía que caminar desde el barrio Betanía, en Bosa; se levantó y se detuvo frente al espejo; se observó con 18 años, 1.78 cm de estatura, 80 kilos de peso y la complexión robusta por su trabajo en la construcción, la cara inocente de quién se enfrenta a la decisión de su vida; el trabajo se había acabado, no había plata para seguir costeadando los gastos de estudiar y terminar ese último año escolar que dejaba pendiente para quitarle un peso a su mamá, a quién él ya no podía apoyar con dinero. Terminó el gran desayuno que se preparó esa mañana y empacó en su maleta lo más importante para ese día, tal

como le había dicho el sargento; una cadena, un candado y toda la plata que le quedó después de dejarle guardada una última ayuda a su mamá.

Sólo entonces salió de su casa y empezó a caminar hacía el Polideportivo, y al llegar no le pareció espectacular, iba con la ansiedad de que se lo pudieran llevar a prestar el servicio militar, lo único que le sorprendió fue ver la inmensa cantidad de gente que estaba presente para definir su situación militar, eran tiempos álgidos para el conflicto en Colombia, y ese papel, esa libreta que expedía el ejército indicando que se había cumplido el compromiso con la Nación era indispensable para la vida adulta, para conseguir trabajo.

Ya dentro del Polideportivo, Javier se sentó en las heladas gradas de concreto que circundaban todo el espacio, y se mantuvo siempre a la expectativa, atento a las indicaciones de los dragoneantes que estaban acomodando a la gente. Esa mañana tuvo un momento que rompió con el enhebrado protocolo organizado por los militares; entraron haciendo escándalo al polideportivo una muchacha y una señora, gritaban un nombre y decían cosas que eran difíciles de entender,

pero al ver que la muchacha tenía una barriga prominente, todos los presentes supieron de qué se trataba. Se dirigieron directamente a la mesa a hablar con los oficiales, y tras eso uno de los hombres que estaban en las gradas fue levantado y retirado del lugar entre los chiflidos, los gritos y las burlas de los presentes «irresponsable, responda», le gritaban entre carcajadas y asombro, los cerca de 300 hombres presentes esa mañana.

Al medio día no hubo almuerzo, y el frío intenso de las gradas le habían despertado un hambre terrible a Javier, que en sus ganas de que acabara la espera, se preguntaba si estaría bien adelantarse en la fila o sería mejor mantenerse en su lugar y respetar. Mentalmente se respondió que iba a dejar que las cosas siguieran su curso y que todo fuera lo que tenía que ser.

— Uno, dos, tres, cuatro y cinco; hasta ahí, esperen allá —iba contando el encargado de dar ingreso a los exámenes médicos, siempre de cinco en cinco.

Javier entró al quinto lugar de su grupo, y después de eso, el teniente encargado de los exámenes médicos dijo, «listo, ya no van

más, el resto que se vayan para la casa». Lo que le permitió a Javier celebrar esa primera micro victoria, «esto es para mí», pensó.

Ya después de todos los filtros a Javier lo unieron a un grupo donde rebotaba con fuerza la voz de un teniente que alentaba a los nuevos reclutas «ustedes van para el mejor batallón», gritaba, y todos lo ovacionaban; «ustedes van para el mejor lugar», seguía arengando, y la ovación no paraba; «¿Y saben dónde queda?», preguntó con vehemencia, para luego responderse a sí mismo, al ver las caras de ignorancia dijo «van para el Joaquín París, para San José del Guaviare», la confirmación que apagó la ovación de Javier, que conmocionado, se agarró la cabeza y se sentó en el piso.

«Uy marica, yo quería lejos pero no tanto» se dijo a sí mismo. Javier recordó las historias que sus tíos le contaron sobre el Guaviare, cuando estuvieron en el campo; recordó cómo hablaban de las enfermedades, del paludismo, la malaria, y de lo feo que era el lugar. Pero ya estaba ahí, no había marcha atrás.

Pasaron el resto del día en el polideportivo a la espera de ser enviados al Guaviare, pero eso no ocurrió, esa noche la pasaron en Bogotá, los trasladaron a un gimnasio de boxeo en la localidad de Puente Aranda; cerca de 200 muchachos hacinados, durmiendo unos sobre otros. Agotados, caían donde lograban acomodarse para dormir, y con el cansancio cualquier lugar estaba bien. Javier halló un sitio donde cabía, y encontró un zapato huérfano que uso de almohada; y durmió sin problemas, gracias a lo agotador de tan larga jornada.

Al otro día, los subieron a buses cuyo destino era Catam, la base aérea militar de la capital colombiana. En el camino para abordar los buses se veía a muchas familias esperando despedirse de cada muchacho, y en un momento escuchó su nombre en el grito de una mujer «Javier», así que abordó y rápidamente se asomó por una ventana, y ahí vio a Rocío, su novia en ese momento, y se dio una breve despedida, que despertó en Javier un sentimiento de nostalgia precoz, ya estaba en una nueva etapa de su vida y sentía ansiedad y preocupación por lo que pasaría en el ejército.

Cuando llegaron, rápidamente los montaron en un avión Douglas DC-3, un tipo de avión antiguo, que era para la aviación el equivalente de los buses cebolleros¹. Los aviones DC-3 llevaban 6 décadas al servicio de la infantería colombiana, parecían a punto de desarmarse por el sonido que hacían; Javier casi podía escuchar al avión quejarse con cada nuevo recluta que lo abordaba; hasta que finalmente se copó su capacidad, cerraron la puerta y encendieron las turbinas, de esas que todavía tenían hélices exteriores. El zumbido de las hélices se escuchó y la expectativa creció en todos los reclutas cuando el avión empezó a moverse; una vez en el aire, la presión del avión era ensordecedora, pero la emoción de Javier no tenía lugar, estaba volando en avión por primera vez en su vida, podía ver como la inmensa Bogotá se había hecho chiquita, y los nervios lo invadieron mientras caía en cuenta que «separarse de la tierra es empezar algo nuevo, flotar en esta máquina es la ruptura con Bogotá», pensó desde el cielo, alejándose de casi todos los recuerdos de su vida entera, una vida que tuvo difícil desde incluso antes de nacer.

1 Buses que iban a todas partes, llevaban muchas personas y no olían bien.



Luz María Cantor, la madre de Javier, había llegado a Bogotá muy joven, no cumplía aún sus 16 años, era una mujer morena de contextura delgada que vestía falda, medía 1.60 de altura, pelo negro y largo, y con una sonrisa siempre en la cara. Ella vivía con sus padres en una zona rural, muy cerca del

pueblo San Pedro de Jagua, en Cundinamarca; sus padres eran agricultores y acostumbraban a comer yuca, maíz, plátano, leche, y si no había para la carne no era problema, se cocinaba lo que tuvieran; no solían tener mucho, pero siempre hacían lo posible para que no faltara la comida, sin embargo, solían estar escasos de ropa y zapatos, así que irse era la mejor opción en una familia con pocos recursos en un pueblo que parecía sin futuro.

Ella fue la mayor de doce hijos, tenía la responsabilidad de ayudar en su casa para mantener a los más pequeños. Cuando llegó a Bogotá se hospedó en el barrio San Agustín, en el sur de la ciudad; donde vivían unos conocidos y parientes del pueblo que la acogieron. Pero venir a Bogotá fue una mala experiencia inicialmente, porque no estaba preparada para nada, solo le dijeron que fuera a buscar donde trabajar, sin embargo, estuvo 6 meses prácticamente sin cumplir su misión de encontrar cómo ganarse la vida. Cuando se hacía insostenible la situación económica en su casa, tuvo la suerte de conseguir trabajo. Se empleó durante más de tres años realizando servicios domésticos a tiempo completo, que la obligaba a vivir en

la misma casa con una señora que estaba sola en Bogotá.

Con ese trabajo Luz María se sentía bien, le mandaba dinero a sus padres, les compraba detalles, aunque no olvidaba a su pueblo y cuando podía pasaba sus momentos libres en San Pedro.

Después se retiró por diversos inconvenientes y pasó rápidamente a trabajar en un edificio en la misma labor anterior, pero en la casa de una familia. A la postre, trabajando en ese sitio conoció a Carlos Alberto Bernal; quien era conductor de una familia en el mismo edificio donde ella estaba trabajando, y quien sería el padre de su primer hijo. Con 21 años y 4 meses de embarazo Luz María se retiró de su trabajo, encontró una pieza donde vivir y empezó a trabajar en un taller de confección; Carlos Alberto le ayudó con algunos gastos, como el arriendo y algo de comida, mientras no podía trabajar, sin embargo, Carlos Alberto no estaba muy interesado en formar una familia, y su relación no funcionó, así que Luz María vivió el proceso de parto de su hijo con valentía y sin su compañía.

El 08 de diciembre de 1978 Doña Carmenza, una amiga que había hecho Luz María, la llevó al hospital San Juan de Dios, en Bogotá, donde nació Carlos Javier Bernal Cantor. La sala cuna de ese hospital sería su primera casa, durante los 20 días que estuvo allí, a la espera de que Luz María se recuperara de la infección que contrajo durante el parto por cesárea.



Las dos casas

III



Luego de los primeros dos días en la base, peluquearon a todos los reclutas al amanecer y ello marcó el verdadero comienzo del entrenamiento; les dieron el uniforme de raso y los pusieron a correr.

Javier había desarrollado destrezas que le ayudaron a tener un buen rendimiento; estaba preparado para el entrenamiento, tenía el físico, tenía la energía, tenía la juventud, le gustaba el clima de la tierra caliente, y como es menester en el ejército, Javier era muy obediente. Rápidamente aprendió que había 2 respuestas clave, «como ordene» y «para dar su orden cumplida»; que eran los equivalentes de las respuestas aprendidas en el hogar «señora» y «ya voy»². No por ello se salvó de los castigos; por méritos propios y algunos ajenos, vivió todas las experiencias, positivas y negativas, e hizo que le tomaran estima por su entrega.

2 Expresión popular en Colombia para indicar disposición para la realización de una acción.

A los soldados rasos les daban alrededor de \$32.000 pesos, apenas para sanear sus necesidades más básicas, los 30 de cada mes les entregaban el dinero y a Javier solo le alcanzaba para útiles de aseo, para llamar a su mamá, y con suerte, a veces para una gaseosa. Javier el primer domingo del mes tenía que desplazarse al único lugar dentro del batallón donde había un teléfono, el SAI, donde podían recibir llamadas de familiares si se daba alguna emergencia. Javier se acercaba a la cabina del batallón y hacía la fila correspondiente para realizar la llamada a su mamá. Por otro lado, Luz María no tenía teléfono en su casa, así que Silia, su amiga que sí contaba con el servicio no tenía reparo en que llamaran a su casa. Luz María se había encargado de dejar todo listo para que siempre hubiera contacto con su hijo, le había entregado, anotado en un papel, el número de Silia, y le había dicho que la llamara los domingos, así que cada domingo se dirigía a la casa de su vecina a visitarla y a esperar la llamada de su hijo, que de igual forma llegaba solo el primer domingo de cada mes. Esa era una cita a la que Luz María jamás faltaría, sin embargo, Javier no siempre pudo cumplir.

Después del entrenamiento y el juramento de bandera, por fin llegó su licencia, iban a poder visitar sus hogares. Tuvieron la suerte de que la brigada móvil número 3 estaba de trasteo³, así que los aviones Hércules estaban disponibles y los llevaron en un vuelo a Villavicencio; Javier tuvo la ventaja de tener familia en Villavicencio que le ayudó con el pasaje hacia Bogotá. Al llegar a la ciudad se sentía atosigado con las atenciones y los comentarios de los vecinos, por eso a los pocos días ya quería salir de allí, se sentía mejor en el campo, así que fue a visitar a sus abuelos en San Pedro; y lo sorprendió el conflicto armado, que ya había llegado al pueblo. Unos meses antes hubo un operativo de la guerrilla en el que murieron algunos policías, por eso en el pueblo solo había policías entrenados en contraguerrilla, era peligroso para él, incluso sin el camuflado, ya que tenía un corte de cabello y un semblante que lo distinguían, él era del ejército. Sin embargo, ir a San Pedro huyendo de Bogotá lo hacía sentirse tranquilo, le recordaba aquella parte de su infancia que pasó en el campo.

3 Mudanza, cambio de lugar de residencia o ubicación.



Tras recuperarse del parto, Luz María encontró trabajo en viviendas de familia en labores domésticas, los primeros años siempre iba con Javier a las casas, y usualmente sus jefes le tomaban estima al niño, porque era muy callado y quieto, pero no siempre podían permanecer las cosas así. Javier creció y llegó a la edad de empezar su educación, pero él nunca fue muy sociable, así que Luz María pensó que la educación privada sería lo mejor, aún sí salía más caro; así que desde los 5 años empezó la rutina de llevar a su hijo en las mañanas al colegio, él se devolvía a su casa al medio día y ahí encontraba el almuerzo hecho; comía, hacía sus tareas y esperaba a su mamá hasta las 6 de la tarde, cuando solía llegar del trabajo. Así se habían dado las cosas desde que Javier tuvo edad para ir al colegio.

Cuando Javier estaba cerca de cumplir 9 años empezó a tener problemas de disciplina; su mamá no podía estar mucho en la casa porque tenía que trabajar, y todos los días dejaba a Alexander, su hijo de un año,

en una casa donde lo cuidaban y llevaba a Javier al colegio. Pero Javier ya no quería estar en ese colegio, ya no quería hacer sus tareas, ahora andaba en la calle con una persona mayor para él, un chico de 16 años era su mejor amigo; la gente los veía jugar en los lotes baldíos, y a Luz María le llegaron los comentarios. Una tarde pidió el día libre en su trabajo, madrugó como de costumbre a realizar diligencias, pero llegó temprano al colegio para recoger a su hijo, y saber cómo le estaba yendo. Cuando llegó al colegio Javier no estaba.

— Nosotros de hecho esperábamos que usted se contactara y nos dijera qué pasaba con su hijo, lleva una semana sin asistir —dijo la directora, mientras Luz María parecía derrumbarse por dentro, pese a que conservó su compostura.

— Pero sí cada mañana lo acompaño hasta la puerta antes de irme a trabajar; ustedes por qué no me habían dicho nada —reclamó Luz María, indignada y preocupada, y rápidamente se despidió para ir a la casa y hablar con Carlos Javier.

La casa estaba vacía; sin ningún rastro de Carlos Javier; «Pero tiene que venir a comer» se dijo. Mientras ella esperaba a Carlos Javier, él se percató que ella estaba en la casa, «mi mamá seguro ya fue al colegio, me va a matar» pensó, mientras llegaba a la conclusión que era mejor no ir a la casa mientras se le pasaba el enojo. Javier se fue al lote a esperar que llegara su amigo, y Luz María se quedó esperándolo hasta la noche; él no llegaba, y ella muy preocupada había salido con los vecinos a buscarlo.

«Javier» se escuchaba el grito de los vecinos en el Diana Turbay, algo que lo hizo aterrar aún más, y su amigo, al verlo tan asustado lo invitó a quedarse en su casa, donde terminó pasando la noche en un colchón que le tiraron al piso, mientras Luz María no pegó el ojo pensando dónde estaba su hijo, con quién estaba, y si estaba bien; por supuesto, al día siguiente faltó al trabajo, y una curiosa mezcla de paz e ira, la llenó cuando Javier abrió la puerta a las 7 de la mañana, hora en que ella debía estar en camino al trabajo. Al día siguiente, su madre lo llevó a que tomara un bus hacía San Pedro.

San Pedro era pacífico, la soledad rural era algo que Javier nunca había experimentado de forma tan prolongada, y resultaba paradójico que él dejó de sentirse solo, como le pasaba en Bogotá, aunque tenía que esperar 6 meses para reiniciar su cuarto grado en el colegio del pueblo; ahora estaba acompañado de sus tíos, que veía irse todos los días a estudiar, y de sus abuelos a los que se quedaba ayudando en la finca. Los años le dieron la razón a Luz María, pues en los recuerdos de Javier, esa experiencia fue totalmente forjadora y dejó cimientos fuertes para el resto de su vida.



El rojo que narran las voces

III



Javier volvió al batallón tras la licencia y tuvo una especialización para rasos, un entrenamiento que los dividió de acuerdo con ciertas responsabilidades, a algunos les tocó manejar el mortero, a otros la ametralladora M60, y Javier sería el responsable del radio; se familiarizó con los distintos tipos que había, cómo encenderlos y apagarlos, cómo encontrar las frecuencias correctas, y demás labores en las que se esmeraba, se quería destacar, pensaba había encontrado su lugar en el mundo. Ahora como radio operador debía estar cerca del Capitán o del Mayor para permitirles recibir y transmitir mensajes, y así, también tenía la oportunidad de enterarse de las novedades. Él fue el primero de los rasos en enterarse, estaban solicitando una compañía para que hiciera un reemplazo en una sabana cercana, así que se acercaba el momento definitivo de dejar la base, salir al área y probar su entrenamiento.

Carlos Javier había tenido un desempeño destacable en su entrenamiento y rápidamente obtuvo recompensas por ello, lo eligieron dragoneante para el nuevo contingente que

iba a llegar; ahora él podría ser quien velara por la responsabilidad de los nuevos rasos, sería el líder cuando faltaran profesionales, seguiría siendo un raso, pero en una posición privilegiada. Sin embargo, él se rehusó a la oferta, no había viajado tanto para quedarse en un batallón, él quería salir al área.

— Bernal, hemos notado su desempeño y entrega, por eso lo vamos a premiar. Creemos que usted tiene la actitud y no necesita irse a comer mierda para forjarse, por eso, se va a quedar como dragoneante del contingente que llega —le indicó el Cabo Montoya, unos días antes de partir.

— Le agradezco mucho la intención mi Cabo, pero yo no vine a quedarme en un batallón, yo vine a vivir una experiencia, y esa experiencia no la puedo vivir acá encerrado. Yo no me quedo mi Cabo, yo voy es al área; si yo he tenido tal desempeño no se trata de una condición natural para ello, yo me he esforzado para recibir una recompensa y ser tenido en cuenta, pero mi recompensa debe ser fuera de estos muros —respondió sin titubeos. Él era obediente, pero no iba a permitir que le truncaran su experiencia de ninguna forma.

Después de que pasó el mes de la especialización, y con la decisión tomada de embarcarse fuera de la base, los dividieron en grupos por orden alfabético, y debido a la inicial de su apellido, Javier quedó en el primer grupo, la primera contraguerrilla.

A ese grupo de unos 20 a 25 hombres lo trasladaron a Mampiripán⁴ en helicóptero. Ellos iban mal armados, no les dieron chalecos, solo les entregaron el fusil y unos cinturones en los que acomodaron a medias los cinco proveedores que les habían dado.

Era tanto el afán de salir y el desorden que había en su momento, que apenas, antes de irse, notaron que hacía falta alguien encargado del lanzagranadas MGL, y el Cabo que estaba a cargo dio la orden.

— Bernal —Alertó el Cabo.

— Como ordene mi Cabo —respondió Javier.

4 Municipio colombiano situado en el departamento del Meta a orillas del río Guaviare.

— Usted coge el MGL hasta que lo asignemos a alguien más, cuando llegemos a Mapiripán pide que le hagan una inducción.

— Para dar su orden cumplida —Javier lo tomó, junto con las 30 granadas con que iba equipado, y tuvo que meterlas dentro de su equipo.

Cuando llegaron a Mapiripán, la compañía de antiguos estaba en la sabana, no en el pueblo, entonces enviaron a un teniente al área con ellos. La otra compañía de rasos iba de salida para el batallón, ya estaban terminando su servicio, habían pasado los últimos 4 meses en esa montañita cerca a Mapiripán y su aspecto hablaba por ellos; sus camuflados estaban desgastados y sucios, ellos también, había quienes tenían roto parte de su equipo, algunos ya contaban con barba incipiente y mirada pesada, de experiencia. Tal era su aspecto que la compañía que llegaba parecía brillar con sus botas emboladas⁵, camuflado limpio, caras afeitadas, y hasta en la mirada se podían hallar vetas de inocencia ausentes en los viejos. «Así luce

5 Poner betún y dar brillo.

la experiencia» —pensó Javier—, «y aún son rasos» —continuó.

El Capitán de la otra compañía quiso probarlos al verlos recién llegados, a lo mejor tuvo dudas de esas botas y ojos brillantes, quería saber cómo estaban de entrenamiento; les dio una cantidad de munición y los puso a hacer una maniobra. Javier, aún con el MGL se puso a la orden de uno de los antiguos, un raso que ya estaba especializado en ese equipo y le enseñó cómo debía usarlo en cuestión de minutos; «este raso que aún ni libreta tiene ya es mi profesor» pensó, mientras sentía reafirmado su deseo de ir al área, en vez de quedarse en la base. Le hicieron disparar dos granadas en una zona despejada, y para la institución, eso sería suficiente entrenamiento para manejar el equipo y enfrentar ese conflicto nacional de más de 3 décadas.



Para Javier el conflicto colombiano era una realidad que lo había confrontado de forma cercana desde que era muy niño, porque esta era indudablemente una realidad que afectaba de una u otra forma la vida de cualquier colombiano. El primer acercamiento inocente

de Javier a la guerra se dio al haberse desviado del camino junto a su madre, un día de noviembre en 1985, cuando faltaba un mes para su séptimo cumpleaños. Gracias a su timidez acostumbrada, no fue difícil para él guardarse su curiosidad este miércoles en la tarde cuando salieron de almacenes Ley, que estaba en la séptima, en el centro de Bogotá, donde trabajaba su mamá, para ir a buscar el bus que los llevara a su casa; también guardó su curiosidad a la mañana siguiente, cuando la zona estaba llena de militares; y en la tarde, de regreso a su casa casi logra dejar para sí mismo esa pregunta, pero esta vez no pudo.

— Mami, ¿por qué nos estamos yendo por acá? —Luz María de aspecto infranqueable, no respondió, en cambio, aceleró el paso. Carlos, después de unos momentos de duda, prosiguió.

— Mami, ¿y por qué hay tantos militares?

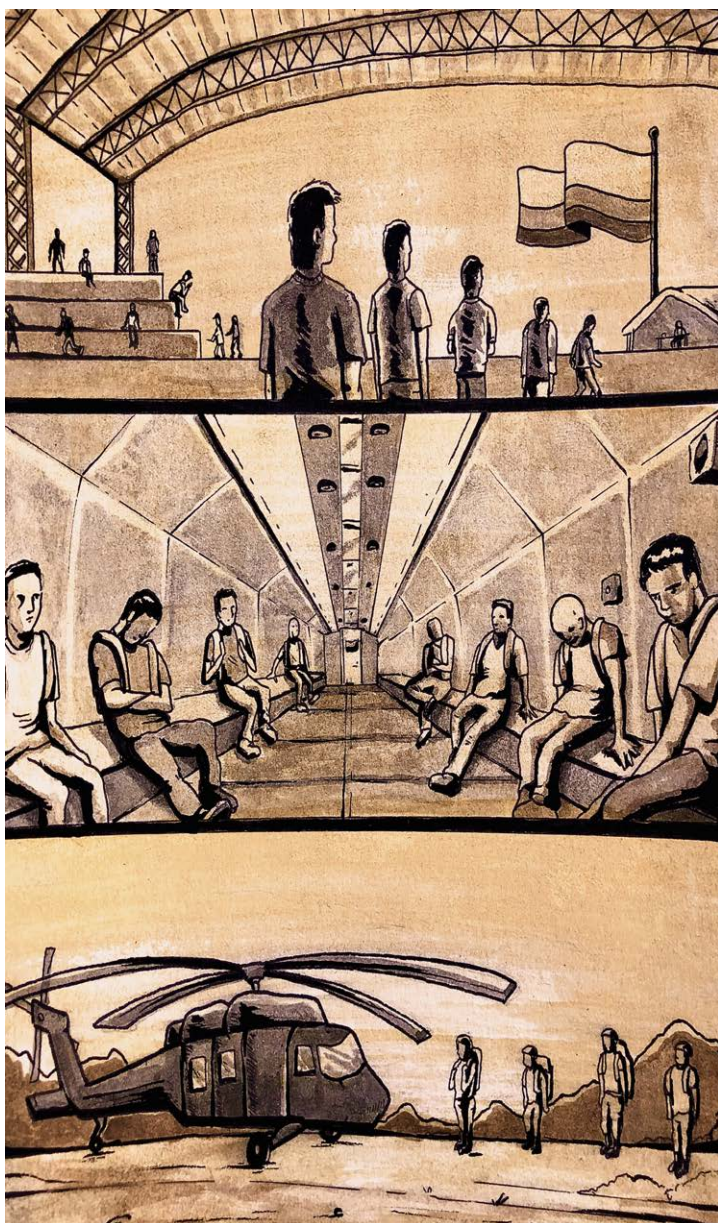
— Carlos, porque por allá es peligroso, no ve que unos guerrilleros se metieron al Palacio de justicia y eso por allá puede pasar cualquier cosa —para Javier esa respuesta abría muchos interrogantes, pero con eso

bastaba para apaciguar su curiosidad y dejar que su imaginación se encargara del resto.

Cuatro años y 20 días después de ese día, a Colombia la sacudió el atentado terrorista a un avión de Avianca. Esta baja del Cartel de Medellín que buscaba atentar contra el candidato presidencial César Gaviria. «No nos podemos dejar amedrentar de esos criminales que se han apoderado del país», escuchó Javier por la radio, y se indignó en silencio, con su cabeza hecha un enredo sobre cómo se podría mejorar al país.

Unos meses después se desmovilizó el M-19, esa guerrilla que años atrás perpetró la toma del Palacio de Justicia, y se abrió una ventana para buscar la paz por otros medios, tal vez unos más eficaces. Sin embargo, siguió la guerra, siguieron los otros grupos armados, se intensificó el secuestro y la muerte, y Javier terminó en el Guaviare.





Javier estuvo con el MGL casi un mes, hasta que el teniente Rincón, que le tenía aprecio, le dijo que lo necesitaba cerca de él para encargarse de operar el radio, de lo que había entrenado; y así tal como recibió el MGL, se lo entregó a un compañero, a quien en unos minutos le explicó cómo debía usarlo; esa fue la última vez que tuvo el lanzagranadas, pero lo entregó siendo profesor.

Después de pasar un mes y medio en la sabana, aburridos de no hacer nada, pues no había mucho que hacer, fueron al pueblo a comprar algunos víveres, con algunos temores por parte del capitán que pensaba que allá los estarían esperando los guerrilleros. Pero estaba la presión de abastecerse de víveres, y de los soldados aburridos en la sabana, todo sumado a que el pueblo estaba tan solo a 2 horas caminando desde la sabana.

Para aumentar los temores del capitán, que desde un principio estaba reacio a ir al pueblo, se cruzaron tres guerrilleros en el camino. En el ejército tenían un protocolo cuando se encontraban con personas sospechosas; los soldados gritaban «somos

Ejército Nacional, alto y salto, ¿quién vive?» Existían dos respuestas posibles; la de los amigos, que gritaban «somos Ejército»; o la del plomo, que dejaba claro con quién se habían topado.

Después del primer disparo, todos los regulares tuvieron un momento de pánico que les hizo olvidar el entrenamiento, era lo normal, una cosa era realizar maniobras controladas y otra era estar en un hostigamiento real; «ordenados, todos a la retaguardia y al suelo; formación en L», ordenó el capitán para evitar un incidente y permitirle a los más veteranos encargarse del asunto. Solo hubo un par de disparos y aunque no pasó a mayores, el capitán reafirmaba sus temores, y le transmitió esa sensación a la compañía.

— Bueno, ya vieron como es la zona, todos alerta y desconfiados, que no sabemos qué vamos a hallar en el pueblo —informó.

Llegar al pueblo fue un descanso psicológico para los rasos, cansados de la sabana, aburridos de no ver nada diferente a la vegetación local, de no hacer nada más que esperar la nada, porque era lo único que había. El

pueblo, por su parte, tenía bulla y movimiento, era otro ambiente, uno que a los rasos les gustaba más; así que una vez obtuvieron los víveres se opusieron a la idea de salir del pueblo, de volver a la sabana. Javier solía escuchar las conversaciones entre el capitán y el coronel; en su primer informe, el capitán tuvo que informar qué soldados no querían salir; él sabía que no estaba bien, ellos eran rasos y no podían estar en zonas con ese nivel de peligro, así que lo informó; sin embargo, el coronel respondió emocionado por la actitud de los soldados, indicó que no había problema, que se quedaran ahí en el pueblo y tomaran posición. En realidad, los soldados no lo hacían en un afán de valentía y patriotismo; ellos solo querían cambiar un poco de ambiente, pues llevaban mucho tiempo en la sabana sin tener contacto con nadie más.

En el pueblo se posicionaron cerca de la pista de aterrizaje, en el puesto de policía, y rápidamente empezaron a distinguir a algunas personas en las tiendas cercanas; con la incipiente confianza que se iba forjando, los habitantes empezaron a contarles historias, muchas de ellas sobre un horrible incidente. Jacinto, un tendero de una pequeña cafetería le contó la historia a Javier.

— Cuando los quitacabezas llegaron, empezaron matando a los policías del pueblo; ellos ya tenían unas personas como objetivos, entonces los cogieron a ellos primero para darnos el ejemplo; se los llevaron a la plaza de la iglesia y nos hicieron salir a todos, ahí los mataron, y mataron a cualquiera que no le parecía algo, a cualquiera que intentó negociar con ellos. También quemaron muchas casas de ahí pa' arriba, toda esa gente cogió lo que pudo y se fue. Yo no, no tengo a donde irme, y no me voy a ir de acá —contó Don Jacinto, con una voz pausada y dubitativa por momentos, pero sin exaltarse, y manteniendo una poderosa rigidez facial que daba un poco de miedo. Sin embargo, en sus ojos se veía el dolor de la destrucción del pueblo, del asesinato de la comunidad que a su vez rompió el tejido social de Mapiripán.

Cambios

IV

Debido a aquella masacre, años atrás, en Mapiripán había presencia constante de ejército y policía; siempre salían y llegaban compañías. Pero el miedo se mantenía presente. También había en Mapiripán una zona a la que llamaban El Bajo, allá quedaban las discotecas y los bares; Javier tuvo que estar allí un par de veces como rotativo con el teniente, pero él prefería quedarse cerca de la pista, en su sitio con el radio.

Estuvieron 2 meses en Mapiripán, los sacaron de ahí por la razón más temible, hubo una masacre en Puerto Alvira, en Caño Jabón —escuchó Javier, mientras le informaban al capitán desde el batallón de San José—, «los necesito listos para trasladarse al área». Y a la mañana siguiente llegó el helicóptero para llevarlos.

Javier pensaba en Don Jacinto, y no podía evitar sentir que se dirigía a ese Mapiripán, donde tiempo atrás se vivió lo mismo y ese recuerdo se volvía realidad nuevamente; y así sentía que su pecho se ponía pesado y se

le arrugaba el corazón, porque ya conocía la historia, y esta vez tampoco podía cambiarla, ya era del pasado.

Lo primero que vieron al llegar fue una estela de humo y a los civiles que estaban muy asustados y querían salir rápido de allá. A Javier y a los soldados de familia campesina, les dolía mucho ver a la gente con sus juncos, sus colchones y sus niños de brazos detrás de ellos mientras patrullaban, temiendo que se fueran a ir y volviera a repetirse una masacre como esas. El capitán trataba de tranquilizarlos diciéndoles que no los iban a abandonar y que podían irse para sus casas, pero el miedo era lo más natural, porque a diferencia de Mapiripán, en Puerto Alvira no había presencia militar constante.

Los paramilitares solían hacer ese tipo de masacres para tener control en las zonas y reducir a la guerrilla, porque después no se quedaban controlando los pueblos, sino que se iban. También aprovechaban para meterle terror a la gente matando a los sapos⁶, a los

6 En el uso coloquial hace referencia a las personas chismosas o que llevan información de un lado a otro.

colaboradores de la guerrilla y así asustaban a los civiles, y les prohibían hablar o ayudar a la guerrilla. En las ciudades no ocurría eso, pero cuando se llegaba al campo, cualquiera se daba cuenta de que las cosas no eran como las mostraban en las noticias. Allá al campesino lo amenazaban tanto paramilitares como guerrilla, no podía ayudar a nadie porque lo mataban, pero si no ayudaba, también lo mataban. Por todas partes los civiles perdían, encima de todo eso, cualquiera de los grupos se metía a las fincas y les robaba todo lo que quisieran; incluso, en ocasiones, algunos soldados también se robaban cosas de las fincas.

Lo peor de la situación ya había pasado, se vivía una tensa calma, por la expectativa de que se produjera un nuevo ataque, sin embargo, no ocurría nada. El capitán, de igual forma siempre trataba de estar preparado, y tener lista a su compañía; una noche, el capitán los mandó a hacer un entrenamiento en el que estuvieron practicando movimientos y disparando. Cuando empezaron los movimientos y las primeras ráfagas las luces del pueblo que aún estaban encendidas se apagaron instantáneamente, ante lo que pensaron que era un combate. El capitán se

sentía mal, sabía que si bien esos entrenamientos eran importantes para la compañía, eran golpes psicológicos muy duros para la población civil, porque estaban recién salidos de la masacre y temían volver a estar en medio de un combate.

Tras 3 meses en Caño jabón, llegó el momento de irse, ahora su misión sería reemplazar una compañía que iba a salir de Miraflores. Javier había contraído paludismo y estaba muy enfermo; pero como de costumbre, él era el primer raso en enterarse de las noticias. En esa misma llamada el capitán reportó el brote de paludismo y el coronel advirtió que quienes estaban enfermos deberían quedarse, porque la zona era roja y era tan complicada, que incluso los aviones con víveres tenían dificultades para llegar. Tener paludismo en el ejército era difícil, porque no había una atención constante ni aislamiento, sino que mandaban los medicamentos para el tratamiento y cada cual tenía que ver cómo se los tomaba y cómo se cuidaba.

En Caño jabón Javier conoció a un cabo en el área de comunicaciones y entablaron una amistad, así que cuando llegó al batallón Joaquín París le dijo que se quedara

con él allá, que él le ayudaba para que fuera estafeta⁷, porque él se quedaba solo en el batallón y eso era difícil. Nuevamente Javier rehusó esa oferta porque él quería ser profesional, para ese momento ya había pasado papeles para los cursos extraordinarios, que eran unos cursos cortos para ser suboficial sin tener que pasar por la escuela, hechos especialmente para ellos, y uno de los requisitos para obtener el beneficio era estar siempre en el área. Por eso se fue para Miraflores, para tener experiencia, aplicar a los extraordinarios y poder ascender.

Al llegar a Miraflores, el 20 de julio de 1998 sintieron en el aire lo pesado, y lo tenso que era el ambiente, y fue en ese momento que se enteraron que ahí terminarían el servicio, estarían los 9 meses faltantes. Se situaron en una base compartida con los policías, eran aproximadamente 20 personas, los demás estaban en una zona cerca al río a la que le decían la base de la marina. Aunque todas las casas eran de madera, en Miraflores se movía mucha plata, la gente no vivía en la

⁷ Es un soldado que tiene un oficio o un lugar asignado de forma permanente.

miseria; el narcotráfico era la mayor fuente de ingresos para ellos, y allá no querían nada que fuera antinarcóticos, como la policía.

Se decía que en Miraflores estaban todos los pensionados de las FARC. Cuando se ubicaron y empezaron a hablar con los policías, dimensionaron lo peligroso que era el lugar, ellos les dijeron que incluso para comprar una cubeta de huevos era un operativo complicado, que debían estar muy alertas porque en cualquier momento podrían lanzar una granada o disparar.

Julio 20 de 1998
~~En~~ ~~las~~ ~~Par~~ Partidas de San José
(Guaviare) hacia Miraflores (Guaviare)
con la cooperación de la policía antinarco-
tícos en los aviones DC-3. Me encontraba
debilitado de salud tenía paludismo, la
orden era que en abreviatura enfermo no salía
al área pero el cabo encargado de mi
escuadrilla no me cede y dice que es particular
y en el dispensario no me atendieron.

Agosto 03 - 04 de 1998
En un desplazamiento de la Segunda y
tercera contragarrillas, como en una góndola
por los bloques del sur de las faja alas
6:30 p.m., alas 4:00 am empezamos a
combatir sin poder salir de la base de
la policía antinarco-tícos. Después de haber
combatido por más de 26 horas, la guerrilla
logra salir de la base después que las po-
licías se entregaron y tres horas después

Ruidos en la base

V

El 18 de Julio, días antes de la llegada de Javier, la guerrilla hizo llegar un panfleto al campamento del ejército, «nos vamos a tomar Miraflores, estén preparados», eso es lo que Carlos entendió de la llamada que hizo el coronel al Joaquín París. El capitán Rubio estaba pidiendo S.O.S al batallón y la séptima brigada, pero se acercaba agosto y la posesión presidencial. Las prioridades estaban claras.

Aunque no estaban claras las razones, la guerrilla llevaba intentando tomarse la base militar de Miraflores hacía mucho tiempo; los panfletos hacían que policías recordaran que 5 años atrás ya lo habían intentado, y habían fracasado, subían los ánimos hablando al respecto, y los soldados, que recién llegaban a la zona, escuchaban atentos las historias. Hubo tiempo para la risa, «nos van a invitar a cenar», decían, haciendo bromas respecto al cilindro que aparecía en el panfleto y nadie comprendía su significado. Posteriormente, el 1 de agosto, Inteligencia informó que la guerrilla se iba a meter a la base de la ma-

rina a través de túneles; entonces el coronel dio la orden de que todas las noches los soldados que estaban en la base de la marina debían salir a patrullar; «no podemos quedarnos en la base», informó.

Transcurrió el fin de semana sin novedades, incluso la tensión y el nerviosismo se mantenían intactos; ese 3 de agosto en horas de la mañana llegaron los \$32.000 que les daba el ejército a los rasos, y Carlos empezó a planear el fin de semana y a buscar la forma para hablar con su mamá y contarle las noticias, que lo habían trasladado a Miraflores y que todo estaba bien.

A las 5 de la tarde, los soldados que estaban afuera salieron a realizar una ronda y observaron unos cambuches armados, y un hombre que parecía un campesino, al que el Cabo se le acercó, y tras unas preguntas supo que era guerrillero; «dígame a su comandante que lo estamos esperando acá» le dijo el Cabo. Luego el Cabo se dirigió a los rasos, «movámonos que nos ubicaron. Hay que prepararnos que la orden es hacer la guardia acá». Después de 40 minutos sintieron unos movimientos.

— Alto y santo, ¿quién vive? —preguntó el Cabo.

— Su puta madre —respondieron las sombras.

Los soldados que estaban afuera escucharon el primer disparo y luego se escuchó el sonido de las lanchas voladoras que traían a la tropa guerrillera con los cilindros. El combate empezó en el potrero desde las 6:00 de la tarde, estaban rodeados por todas partes. Carlos y el resto de los soldados escuchaban desde adentro, preparándose para la batalla; y aunque la guerrilla los hostigaba de vez en cuando, estaban era concentrados en vencer a la contraguerrilla que estaba en el potrero.

Javier se contactaba con el Joaquín París, transmitiendo los mensajes del capitán Rubio.

— Tenemos una toma en Miraflores, necesitamos munición y refuerzos —reportó Javier.

— Maniobren, maniobren —respondió el Coronel.

— Capitán, dice mi coronel que maniobremos —le informó Javier al Capitán Rubio.

— Aaagg no le ponga atención, no ve que no hay forma de maniobrar estando encerrados en esta base, y esos hijueputas no nos dejan salir —respondió el Capitán Rubio.

Los soldados del potrero nunca tuvieron trincheras para cubrirse, y tenían que correr de un lado a otro para tratar de protegerse, arrastrando a sus compañeros heridos para que no los terminaran de matar. Algunos soldados habían quedado desorientados en medio del combate, y se tuvieron que refugiar en troncos. Eventualmente iban a caer; eran las 11:30 de la noche, y cada hora que pasaba los dejaba más agotados, y con menos munición. Entre el desconcierto una voz se elevó «vamos a llegar a la base, los soldados que tengan las suficientes huevas se vienen conmigo», dijo el Cabo Cuestas, que estaba próximo a ascender a Sargento, mientras le quitaba la M60 a uno de los soldados.

Empezó a disparar tratando de abrirse paso, la base estaba a 5 cuadras y él daba pasos enormes, con una potencia que des-

perdía esperanzas en todos; en su primer movimiento había recorrido media cuadra junto con tres soldados más que se aventuraron, se refugió tras un muro pequeño, les sonrió a sus acompañantes e inhaló una amplia bocanada de aire, «¿listos?» les preguntó, y ellos asintieron, empuñó de nuevo el fusil y se levantó a correr disparando; tras él venían sus acompañantes. Las balas pasaban zumbando a su alrededor, y esta vez, él se tropezó con varias en el camino, que le impidieron continuar su expedición y desmoralizaron a quienes lo seguían.

La guerrilla al ver que ya los tenían más arrinconados les decían «entréguense que con Pastrana va a ser mejor», mientras seguían las esporádicas explosiones y las ráfagas hasta las 4:30 de la mañana, cuando llegó un silencio prolongado. «Ya los mataron a todos» pensaron en la base, sin atreverse a decirlo. Se reincorporaron en posiciones de defensa y esperaron la llegada de la guerrilla, pero el silencio se seguía extendiendo. No sabían qué pensar, los más optimistas llegaron a creer que la toma había terminado, que ya podían pensar en salir; sin embargo, hacia las 5:00 de la mañana una de esas ex-

plosiones desconocidas estremeció la base, y se reactivaron las ráfagas.

Ahora por fin veían lo que seguro vieron en el potrero, estaban arrinconados, con poca munición, y con explosiones de cilindros a su alrededor. En la base, algunos estaban convencidos de que nadie lograría sacarlos de ahí, hasta que empezaron a lanzar los cilindros. Los cilindros rompían muros y abrían huecos por todas partes; y así fue que se metieron los guerrilleros a la base. Los guerrilleros concentraron toda la fuerza en el área destinada a la policía, hasta que los replegaron y capturaron; les quitaron sus armas y empezaron a usarlas contra las Fuerzas restantes. Algunos pocos que lograron escapar llegaron para concentrarse junto a los militares.

Todos los que quedaban se habían concentrado con el objetivo de soportar hasta la llegada de refuerzos, o al menos de no dejarse vencer fácilmente. Habían acordado turnos para atacar y turnos para tomar fuerza; había momentos para plantear estrategias y momentos en los que simplemente se dejaban llevar por las emociones, pasando

Capítulo V Ruidos en la base

de la sorpresa a la euforia, después la angustia, la desolación, y finalmente a las 5:30 a.m., cuando evidenciaron que se terminaba la munición en la base, cayó un sentimiento de profunda soledad, todos quedaron aislados unos segundos, que parecieron eternos, todo se había acabado.

Conscientes, sin munición y ya separados nos sacaron de la base como resultado de 50 policías antimotines y patroyeros, 68 soldados regulares, 2 oficiales y 8 suboficiales para un total de 129 retornados y un número indeterminado de muertos y heridos para un total de 700 soldados y 98 policías.

Agosto 26 de 1998
Después de una bajada día y noche ya que nos a donde iba a ser nuestro sitio de reducción. La jungla rondan que los que nos cuidaban.

Agosto 25 de 1998
Recibimos la visita de Jorge Brisson al ser como jefe para organizar los puntos que nos iban a cuidar y para informarnos de nuestra situación.

Septiembre 25 de 1998
Después de 47 días de nuestra situación.

La
intervención
divina

VI

Carlos estaba en el búnker con otros cinco soldados y con un civil que era ayudante del párroco, y todos se preguntaban qué debían hacer en ese momento. En medio del caos, uno de los soldados dijo:

— Lanzas lo que voy a decir les puede sonar un poco fuerte, pero yo no me quiero dejar llevar de esos hijueputas a que hagan conmigo quién sabe qué, yo prefiero morirme aquí sabiendo que me paré en la raya y lo di todo para defender la institución y defender mi vida —el soldado⁸ se detuvo en una gélida pausa en la que todos los presentes lo observaban expectantes e intimidados—. Veá, yo tengo todavía una granada —continuó el soldado, mientras la sacaba de su munición restante—, no sé cómo se sientan ustedes, pero si sienten lo mismo que yo, yo les propongo ya mismo que la estallemos acá en el búnker y nos matemos en nues-

8 Este nombre se omite por respeto a la persona que vivió estos hechos.

tra ley, con nuestras condiciones —finalizó, y nadie dijo nada por unos segundos, pero estaba claro en sus miradas, todos pensaron que él estaba muy loco.

— Compañero yo sé que usted está viendo las cosas de esa manera ahora, pero no es Dios el que habla, la vida de cada uno de nosotros es valiosa para él, y suicidarnos no es una solución sino una condena eterna —exhaló la voz del ayudante del párroco, mientras se acercó a él lentamente, entre las miradas estupefactas del resto—. Creo que si había una razón para estar aquí, con ustedes, era esta; guarde la granada, este no es el momento ni la forma para usarla —puntualizó, mientras delicadamente, con su brazo derecho sobre el hombro del soldado y el izquierdo sobre el antebrazo, le ayudaba a desistir de su intención, empujando su brazo hacia abajo.

La base de Miraflores era un lugar compartido entre la policía y el ejército y en la mitad había una iglesia, a la cual la gente del pueblo iba los domingos. Algunos de los policías más antiguos afirmaban que el párroco tenía algún vínculo con la guerrilla, porque

cuando había algún hostigamiento poco se sabía de él, solo que había salido del pueblo y misteriosamente tampoco aquel día de la toma se encontraba allí. Sin embargo, el ayudante del párroco sí estaba; a pesar de que corrían los rumores y muchas personas habían salido del pueblo, a él, el combate lo sorprendió en la iglesia, mientras realizaba sus labores pastorales, y cuando todo inició, decidió entrar al búnker para refugiarse de las balas.

— ¿Ustedes se van a entregar? —preguntó el ayudante del párroco, al ver que ya no tenían munición y notarlos confundidos.

La avanzada guerrillera ya estaba sobre el búnker y las opciones ya no existían, después de haber rechazado rotundamente la propuesta de aquel soldado; todos estaban temerosos de la posibilidad de que los guerrilleros les lanzaran granadas y acabaran con el asalto.

— Sí, nos vamos a entregar —acordaron todos en la fracción de un minuto.

— Yo voy a ser el mediador entonces —dijo el ayudante del párroco; luego se quitó

la camiseta, que era verde, y salió de la trinchera con su torso desnudo, las manos arriba y un poco tembloroso—. Aquí hay unos soldados que se van a rendir, por favor no disparen más —gritó.

— ¿Cuántos son? —preguntó el guerrillero.

— Seis —respondió el ayudante del párroco.

— Bueno, que desfilen con las manos en alto —dio la orden el guerrillero.

En ese momento todos se miraron dentro del búnker, sin decir palabra, como mucho se asintieron mutuamente y fueron saliendo de a uno en una fila india, con las manos en alto, el orgullo por el piso y una incertidumbre inimaginable.

— Me forman todos uno al lado del otro aquí, ipero ya! —gritó el guerrillero que estaba a cargo de la situación.

El ayudante del párroco sintió un escalofrío estremecedor; igual que Javier, quien solo pudo pensar «nos van a fusilar», no hubo pensamientos de arrepentimiento, ya estaban ahí y tenían que afrontar lo que ve-

nía, porque su miedo más grande era que los mataran y eso era lo que parecía venir.

— Requíselos, que no les quede nada — fue la orden que dio el guerrillero, y todos reaccionaron con una profunda exhalación de alivio.

Luego los hicieron salir de la base, atravesar las cuadras y la pista de aviación hasta llegar al embarcadero del pueblo; un pequeño muelle de tablas rodeado de muchas canoas y lanchas. Ese pequeño tramo fue un purgatorio, empezaron a ver a los guerrilleros que estaban heridos y muertos; y las personas del pueblo aplaudían y vitoreaban la captura de los soldados y su posterior desterramiento, mientras aprovechaban para saquear la base militar.

A lo lejos, el ayudante del párroco se quedó viéndolos, desvaneciéndose lentamente con la distancia, y finalmente solo quedaron grabados en sus recuerdos.

Noche para otras aguas

VII



En el embarcadero del pueblo, ya tomados por las FARC, empezaron a encontrarse con otros soldados. Se veía a algunos llorando de impotencia y a otros furiosos. Cada uno de ellos tenía una reacción particular, estaban preparados para salir heridos, tal vez con alguna discapacidad o mutilados; eso lo habían dejado claro en su entrenamiento, en las historias que se contaban entre las fuerzas; pero nunca se imaginaron que los iban a secuestrar, eso era algo nunca antes visto, eso no lo hacía la guerrilla en ese tiempo.

Javier, a pesar de mostrar un semblante duro e impenetrable, por dentro se sentía muy lastimado, y no era solo el secuestro, sino que también pensaba en cómo la institución los había abandonado; y él que era el radio operador, lo sabía más que nadie, mantenía muy presente lo mal equipados que estaban al momento del combate, y sobre todo las evasivas a enviar refuerzos ante cada solicitud por radio.

En el embarcadero se veía llegar a muchos jóvenes, que ese mismo día se enlista-

ron para hacer parte de las FARC. Javier veía impresionado cómo las madres les daban la bendición y les deseaban suerte. Entre tanto, a ellos los subían a lanchas junto a otros guerrilleros, y se preparaban para viajar por el río Guaviare. La cantidad de soldados por lancha dependía de su tipo, si eran voladoras —lanchas pequeñas y ágiles— llevaban 6 soldados y 4 guerrilleros, o si eran las lanchas de carga —que soportan 22 toneladas, pero son mucho más lentas y largas— llevaban 15 soldados y 10 guerrilleros.

Al grupo del búnker, donde estaba Javier, lo subieron a una lancha de carga, ubicándolos en la parte trasera de ella, y empezaron a serpentear por las aguas del río Guaviare. Como era territorio guerrillero no había nadie que pudiera ayudarlos, por más que sus miradas escarbaban todos los rincones de las orillas del río buscando un poco de esperanza, durante el trayecto solo veían muchos campamentos y a guerrilleros que se asomaban para ver qué era lo que estaba pasando, y en respuesta a sus miradas de semblante cautivo, recibían miradas de enemistad y satisfacción, por tenerlos prisioneros. Viajaron cinco horas hasta llegar a una orilla donde había una casa.

Cuando llegaron ahí, ya había arribado antes otra lancha de carga y varias de las voladoras. Dentro de los cautivos nadie se dirigía palabra aún, un silencio que los había acompañado desde antes de subirse a la lancha, desde antes de entregarse en el búnker, incluso antes, era un silencio que había venido cuajando desde que vieron cómo estaban perdiendo la batalla y se quedaban sin municiones. Desde eso solo habían intercambiado opiniones en momentos críticos y cada cual se encontraba procesando lo que estaba ocurriendo, repasando esa noche mediante un soliloquio mental que los consumía, recordando rostros de seres queridos, deudas emocionales por saldar, heridas por cerrar; y sintiéndose chicos ante la abrumadora situación.

— Aquí se van a quedar, no queremos verlos de héroes, no queremos intentos de fuga; ustedes ya vieron en el camino que esta es nuestra zona y no hay forma de que se escapen, entonces se quedan ahí quietos hasta que les digamos que hacer —les gritó un guerrillero antes de bajarse de la lancha, interrumpiendo sus vacilaciones mentales.

Entre la altura de la lancha y la orilla había una diferencia de al menos un metro de altura, así que había que bajarse trepándose en la orilla. Después de la maroma, los guerrilleros caminaban unos 30 metros hasta la casa, que de lejos se veía grande.

El barco quedó meciéndose en las aguas temblorosas del río Guaviare, con soldados ensimismados de miradas perdidas, que solo salían de sus pensamientos cuando escuchaban el ruido de una nueva lancha venidera. Así pasó la tarde y cuando quedaban los últimos rayos de luz, salieron de la casa unos guerrilleros que se acercaron a la orilla y les tiraron galletas; los soldados sorprendidos se acercaron a las galletas y no dudaron en comérselas, no habían comido nada desde el día anterior, antes del combate.

Luego llegó la paulatina noche con una oscuridad infranqueable, en la casa no se encendían luces y todo permanecía en un lúgubre y sereno transcurrir; las aguas del río que seguían meciendo las lanchas y emitiendo ese ruido del tránsito del agua chocando y rodeando sus obstáculos; el viento soplando leve acariciando las copas de los árboles

y dejaban un susurro; era una de las más apacibles noches que Javier hubiera pasado en su vida, pero era una noche ajena a él, era la despiadada noche de los lamentos, la primera y la peor de muchas. En el ambiente empezaron a colarse en su mente los tiernos sonidos de la familia, los te quiero y las despedidas, las vacilaciones lejanas para alejarse del hogar; y se empezaron a escuchar las lágrimas correr por las mejillas de los soldados, los resoplos en vano para dejarlas salir y finalmente el llanto desconsolado de quienes perdieron su libertad. Los centinelas de la guerrilla no hicieron mofa de aquello, pero siempre estuvieron vigilantes para evitar cualquier intento de escape, en esta que sería la primera noche en el infierno.

Tronco y
lona

VIII

Los soldados se levantaron al día siguiente más livianos y descansados pese al poco tiempo que pudieron dormir; esa primera mañana como cautivos les llevaron de desayuno, galleta y aguapanela. En el Guaviare el sol pegaba muy fuerte y el agua que les brindaban era poca, así que tendrían que acostumbrarse a las nuevas condiciones. Ahora vivían en una canoa, los vigilaban con fusil, comían dos veces al día y hacían catarsis en soledad. Así, en una olvidable monotonía, transcurrieron sus primeros 2 días de cautiverio; nadie los había preparado para eso, no sabían cómo afrontarlo, ni qué esperar de esto.

En el tercer día ya se enhebraron las hilachas sueltas de palabras al aire que habían dicho creyendo que eran para sí mismos, pero tal vez estaban en busca de alguien que respondiera a ese sentimiento; llegó el cuarto día, pudieron compartir entre ellos; de forma espontánea y sin planeación se inició una conversación gracias a una de esas hilachas que parecía se iban a quedar en el aire.

— Si todos nos hubiéramos quedado en el búnker habríamos aguantado —dijo Solis, casi como un murmullo.

— ¿Qué? —preguntó Malagón.

— Qué si todos nos hubiéramos quedado en el búnker, en vez de salir a hacer guardia afuera, habríamos aguantado, al menos hasta que llegaran refuerzos —replicó Solis.

Y empezaron a hablar de los movimientos y de lo ocurrido esa noche, no fue mucho, pero fue un comienzo. Estuvieron 8 días en la lancha mientras que los guerrilleros les hacían un cambuche en la orilla del río. El cambuche consistía en un plástico largo que los guerrilleros pusieron para que durmieran, sobre ese plástico había otro que evitaba que se mojaran cuando llovía; en el Guaviare llovía mucho y siempre había que pensarse eso. Cuando por fin estuvieron todos en tierra, sobre ese plástico, fue el primer momento que se encontraron todos los secuestrados de la toma de Miraflores juntos. Volvieron a tener oportunidad, esta vez todos, de discutir las mejores estrategias en la batalla que fue, si era mejor quedarse en el búnker o todos afuera, «¿Qué tal que hubiéramos tenido buena munición y mejores

equipos?», «¿Qué tal que nos hubieran mandado refuerzos y nos hubiéramos podido replegar en la base?», «¿Qué tal si no hubieran enviado a las fuerzas a Bogotá por lo del presidente?», «es que la munición era tan mala que la guerrilla se encartó con eso; seguro solo les sirve para derretirlas y hacerle una estatua a Tirofijo», gritaron en un tono jocoso que despertó risas, «¿qué tal si el soldado hubiera estallado esa granada?», dijeron al final, y todos se continuaron riendo.

Durante un mes estuvieron en el cambuche de plástico, ahí veían como los guerrilleros hacían todas sus actividades, veían como jugaban, como se bañaban, como dormían, todo; y de ahí surgió uno de sus principales entretenimientos en el cambuche de plástico; entre las 3 y 4 de la tarde la mayoría de los soldados se acercaban e iban tomando asiento en un tronco que estaba contiguo al plástico, ahí se sentaban a platicar y a esperar pacientemente, a veces hablaban de nuevo sobre la toma y de lo que habían podido hacer diferente, a veces hablaban más en privado con sus amigos cercanos, todo mientras llegaba el momento del desfile; porque entre las 3 y las 4 de la tarde, todos los días,

salían las guerrilleras en ropa interior a bañarse en la orilla del río; por la naturalidad con la que lo hacían, los militares creían que no sentían pudor o miedo con sus cuerpos, pero eso solo estaba en sus cabezas, ellos realmente no podía saber qué ocurría al interior de las FARC, ni cómo ellas se sentían teniendo que realizar esos desfiles.

Los soldados que no tenían contacto con ninguna mujer, y se sentaban a verlas pasar como si de un concurso televisivo se tratara, las calificaban, y se inventaban múltiples fantasías que se compartían entre ellos, mientras se reían y hacían gestos desagradables, sobre todo si alguna guerrillera, por nervios, timidez, agrado o lo que fuese, esbozaba una sonrisa. Pero, más allá de ese momento, las cosas dentro del plástico solían ser mecánicas y silenciosas. Nadie salía de la lona a menos que fuera para el chonto⁹, y en ese caso, tenía que levantar la mano y solicitar el permiso, como si del colegio se tratase, entonces los guerrilleros reunían grupos de tres personas que quisieran ir y los llevaban

⁹ Es un hueco en el piso que hacían los guerrilleros para realizar sus necesidades fisiológicas.

a todos juntos; ellos se quedaban alrededor hasta que terminaran, y los volvían a llevar al plástico. La zozobra era otra de las cosas que siempre estaban presentes, se preguntaban entre sí, y también a los guerrilleros, cuándo los iban a liberar, y entre vagas respuestas, la que más parecía factible era cuando les decían que los iban a tener por un año; un año de chonto, de caminar por el ancho y largo de la lona, de una distracción que iba perdiendo su carisma.

Otra
privacidad

IX

Después de un mes de estar en el cam- buche de plástico, Javier, junto con 30 sol- dados más, fueron reubicados. Esa mañana llegaron los guerrilleros y separaron a un lado a los oficiales y suboficiales, y en otros dos grupos dejaron a los soldados rasos, for- mando tres grupos. Después de haber se- parado a los oficiales y suboficiales, un gue- rrillero cortó el grupo restante con la mano, ahí estaba Javier, fue el número 12 cuando hicieron el conteo, y posteriormente les di- jeron «ustedes conmigo», y se los llevaron separándolos del resto.

Caminaron 15 minutos hasta que llegaron a un espacio de unos 25 metros de largo por 10 de ancho. En ese lugar estaban 18 palos que se habían clavado al piso en forma de "v", formando 9 horquetas; esas 9 horquetas estaban divididas en 3 filas, que se extendían a lo ancho, cada fila tenía tres horquetas que se ubicaban a lo largo de los 25 metros; y sobre ellas, ponían un palo largo en el centro de las horquetas (había 3 palos largos), y entre esos se ataban las hamacas. Adicio-

nalmente, había unas horquetas de 2 metros que se usaban para sostener los plásticos que pusieron para que no se mojaran cuando llovía. Sin embargo, había una zona de ese campamento para secuestrados que se inundaba, así que para evitarlo, los guerrilleros habían hecho una zanja para que el agua corriera por ahí, allá tenían palas y un palín, que es mucho más delgado que una pala, y fue con eso que hicieron la zanja.

En un principio los guerrilleros repartieron parte de los equipos que les habían quitado en la toma, les entregaron la hamaca, los uniformes y el equipamiento de aseo. Javier escogió su hamaca, la ató entre los palos y quedó armado su lugar, lo mismo hizo el resto, y empezaron una nueva rutina a la que se acoplaron rápidamente desde la primera semana. Diariamente Javier se despertaba e inmediatamente se levantaba entre las 6 y 6:30 a.m., también levantaba su hamaca, recogía sus cosas y esperaba a que el resto hiciera lo mismo, luego llegaban los guerrilleros a realizar el llamado a lista, y tras eso podían iniciar a limpiar someramente la tierra, y tal vez hablar un poco; a las 8 a.m. servían el desayuno, a quienes no habían salido a la zona abierta, un espacio de unos 70

x 70 metros (menos lo robado por la zona de dormir), los llamaban imponentemente para que atendieran el desayuno; pese a que la comida solía ser muy similar día a día, estaba bien, nada para quejarse. Después del desayuno Javier volvía a la zona que se le destinó para dormir, defendiendo arraigadamente su poca privacidad, su espacio para ensimismarse pensando en su mamá, en por qué estaba ahí, en qué sería de ella ahora, y su hermano; pocas veces prefería quedarse fuera y compartir con sus compañeros que eran más habladores, entonces se podía quedar escuchándolos mientras se reía de sus anécdotas, sin tener que decir mucho. Cuando estaba con ellos gozaba viendo los trueques y juegos; los guerrilleros les daban cigarrillos, y en ese espacio eran mercancía valiosa que se podía apostar en juegos e intercambiar por dulces y utensilios de aseo.

Luego iniciaba la tarde, el medio día solía estar marcado por la llegada del almuerzo, y una nueva salida de esa pequeña zona acondicionada para que durmieran, Javier recibía el almuerzo y se sentaba junto al grupo a escucharlos nuevamente por algunos minutos u horas, variaba dependiendo del día. Tras eso, usualmente decidía ir a bañarse, no lo

hacía en la mañana porque en la tarde hacía un calor más insoportable, así que iba a su espacio, tomaba sus utensilios y se acercaba al barril repleto de agua que les cargaban cada día para que pudieran asearse, y ahí lograba refrescarse un poco. Las salidas al chonto no le gustaban tanto, había que pedir que lo llevaran, esperar a que se armara un grupo y luego desplazarse hasta donde estaba el nuevo hueco; además que era natural sentirse vulnerable, realizaban una de las actividades más íntimas mientras estaban custodiados.

Cuando empezaba a anochecer todos debían entrar a la zona de dormir, donde se volvía a realizar conteo. Ellos tenían prohibido hacer ruidos altos o encender luces, sin embargo, alrededor de su espacio encendían una hilera de velas que marcaba claramente el lugar, y Javier no entendía el porqué, se preguntaba si tal vez los guerrilleros lo hacían por si en caso de haber un bombardeo, fuera contra ellos; se lo preguntaba cada día, sobre todo entre las 6 y las 7 de la noche cuando pasaba un avión fantasma sobrevolando la zona, haciendo inteligencia, y solo entonces los guerrilleros corrían a apagar las velas. Cuando el sonido del avión llegaba

hasta los oídos de Javier, él se ponía alerta, conocía bien ese sonido, y sabía lo que podía significar ese ruido lento y pesado que pasaba sobre él, casi aplastándolo. Luego de unos 15 minutos, quedaba el silencio de la noche, de la prohibición de hablar, del miedo a hablar, y finalmente, esa profunda noche que terminaba de caer, lo llevaba al sueño, no sin antes sentir la preocupación por su familia y experimentar el ensueño de que al día siguiente aún estaría en Miraflores, con su clima tenso y la amenaza de ataque; pero en libertad.

Cartas de esperanza

X

Con el paso de las semanas, la monotonía, el aburrimiento, los pequeños picos de depresión y la eterna incertidumbre, hacía al tiempo más veloz y vacío, convertía las actividades en tediosas, creciendo el sentimiento de insatisfacción y habitaba en el ambiente un permanente sentimiento de estrés, de ira, que se iba canalizando en todos los soldados, algunos días con más fuerza. Había peleas constantes entre ellos, al menos 1 o 2 por semana, pero todo quedaba en el momento, en la explosión tempestuosa y el intercambio de golpes.

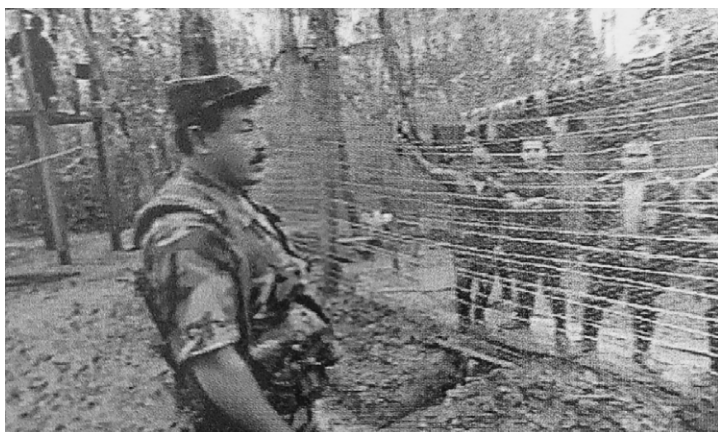
La rutina de Javier era la misma, pero las variaciones anímicas la podían empeorar; se levantaba y a veces recogía su sitio, a veces no, para poder pasar más tiempo en su hamaca; se levantaba para dar el presente en el conteo, pedía ir al chonto y esperaba su turno; desayunaba y se recostaba en la hamaca; lo llamaban a almorzar; hamaca; baño; hamaca; noche; avión fantasma; despertar; llamado a lista; chonto; desayuno; hamaca; almuerzo... Javier no discutía porque no conversaba mucho, no peleaba porque le parecía ridículo, no

lloraba porque la devastación se lo impedía, y pensaba en su mamá, casi invariablemente en su madre, se preguntaba si estaba bien, si estaba comiendo, si estaba sana, si tenía problemas, y llegaba la culpa de no estar ahí, aunque sea en el teléfono para comprobar la realidad; no le importaba su estado, eso no era esencial, pero el estado desconocido de su querida madre si le causaba impaciencia y no le daba tranquilidad.

Fue hasta 2 meses después de estar en el campamento, que se empezó a ejecutar la solución, en esa semana había mucho murmullo guerrillero respecto a una visita, estaban acelerados, trayendo, llevando y ordenando; también se habían puesto más autoritarios con los soldados, exigiendo rapidez y cumplimiento. Los soldados estaban intrigados y no tenían respuesta, los más atrevidos que realizaban preguntas directas eran evadidos o gritados, y los más callados observaban impacientes y alzaban sus oídos de forma aguda intentando escuchar algo. «El que viene es el Mono Jojoy¹⁰ llega maña-

10 Víctor Julio Suarez Rojas, alias "Mono Jojoy", comandante militar del grupo guerrillero colombiano de las FARC, jefe Bloque Oriental.

na», dijo Márquez, «al mediodía del jueves», terminó; dejando a todos a la expectativa y propiciando un tema de conversación. Así terminaron el día, murmurando, con ansiedad de que llegara el viernes y contemplar que sería lo siguiente en pasar.



La mañana del viernes los guerrilleros, especialmente demandantes, hicieron que todos ordenaran la zona tan pronto se levantaron; realizaron el conteo, acompañaron a los soldados al chonto, y los obligaron a bañarse y a arreglarse desde temprano. El desayuno de ese día no fue especial, les sirvieron can-

charinas¹¹ un poco más grandes de lo normal y tras el desayuno los hicieron formarse en una espacio específico y no moverse de ahí. Dentro del espacio iban y venían los murmullos de la mañana, había predicciones, quejas y preguntas. Javier trataba de mantenerse muy lúcido y prestaba atención a cuanta cosa se dijera, tal vez algo de eso le revelaría lo que ocurriría; sin embargo, nada era realmente interesante, solo realizaban las mismas conjeturas que él había hecho por su cuenta.

La espera se sentía eterna, estaba ahí sentado esperando y nada pasaba, ya llevaba más de media hora, y se completaría después una hora, y finalmente, luego de una hora y media hubo un movimiento diferente por parte de los guerrilleros; entró al campamento un número de guerrilleros más grande de lo que jamás Carlos había visto ahí, y empezaron a acordonar la zona con sus cuerpos en posición de descanso, colindase uno al otro hasta que el marcado cua-

11 Masa dulce de harina de trigo, delgada y extendida, que se fríe en aceite. Son una preparación usual en la zona.

drado fue copado totalmente. Solo entonces, abriéndose paso entre ellos, entraron 7 guerrilleros que se fueron ubicando de pie en el centro de la zona, mirando hacia donde estaban los secuestrados. De esos 7, 5 de ellos eran desconocidos para Javier, uno de los dos restantes era el líder del campamento donde estaba secuestrado, y el último en entrar, un señor gordo, de baja estatura, que tenía un bigote, una boina negra y el ceño fruncido; entró agarrándose los pantalones y empujándolos hacia arriba, con actitud calmada detalló primero la zona donde estaban y luego fijó su mirada en el grupo de secuestrados; todo ello, mientras caminaba esos 30 metros hasta llegar y posicionarse en el centro de los 7, y un paso al frente de ellos, era el Mono Jojoy.

No habló de muchas cosas, les dijo que eran prisioneros de guerra, que en su momento los liberaría, que ya se había enviado un comunicado de su secuestro, que lo habían demorado porque estaban esperando lo propio del gobierno, finalizando su discurso les dijo que la idea era que tuvieran una estadía sin mayores problemas, que la cúpula de la guerrilla se iba a encargar de eso; que

les tenían unas sorpresas y que esperaba que así mismo, ellos no le dieran problemas a la guerrilla. Uno de los soldados que se atrevió a hablar le preguntó que cuándo sería esa fecha de liberación, y el Mono Jojoy le dijo que eso dependía del gobierno, «estos conflictos dependen de la voluntad política».

Después de que el Mono Jojoy se fuera todos los soldados quedaron murmurando, angustiados por la poca claridad en su mensaje, se preguntaban cuánto tiempo iban a permanecer realmente secuestrados.

Llegó la hora del almuerzo y sirvieron con abundancia, fue un pescado especial, con patacones y arroz; se notaba que en el campamento estaba uno de los líderes supremos de la guerrilla. A pesar de los incesantes murmullos y suposiciones Carlos estaba en otra cosa, no le prestaba atención a ello, solo quería saber una cosa, ¿Cómo estaría su mamá?, ¿Qué estaría haciendo?, ¿Estaría todo bien en la casa?

Así terminó ese día, y comenzó uno nuevo, con la monotonía habitual, pero esta vez, después de que los soldados terminaron su

desayuno entró el comandante del campamento con un costal, y les pidió a todos que se formaran.

— Como escucharon ayer de la boca del Mono Jojoy, varias cosas van a mejorar para ustedes. Aquí nos dejaron este costal con cartas de sus familias, muy ordenadamente se van a acercar de a uno y van a buscar qué les mandaron a ustedes —los soldados se emocionaron y empezaron a levantar la voz a modo de victoria, felicitándose los unos a los otros—. No me hagan desorden o sino no les entrego nada —levantó la voz el guerrillero—; sabe qué, Amarillo —llamó a un subalterno para darle una orden—, usted se va a encargar de repartir estas cartas, vaya viendo y los va llamando de a uno, que no se me forme un desorden acá, yo veré.

Amarillo era uno de los guerrilleros que usualmente hacía guardia con ellos, no los trataba mal, aunque era un poco cansón, siempre les estaba diciendo que recogieran, que barrieran, que ordenaran, etc., y tenía una expresión que repetía constantemente para apurar a los soldados.

— González —empezó a llamar tras comprobar a quién iba dirigido el sobre—, pero a ver hasta cuando lo espero, póngase tabanoso¹² —así siguió, llamando soldado tras soldado, muchos de ellos tenían más de un sobre por abrir, incluso, varias cartas estaban dirigidas para soldados que habían separado en otro campamento, y a Javier todavía no le habían entregado ni una carta, hasta que por fin escuchó su apellido—. Bernal —Javier se tardó un poco en caer a la realidad, pues le parecía un poco increíble estar escuchando que lo llamaban cuando ya estaba perdiendo la esperanza de recibir una encomienda—, Bernal —gritó más fuerte Amarillo, mientras Javier daba un primer y dubitativo paso al frente—; pero a ver hermano tabanoso, tabanoso que no tengo todo el día para esperarlos.

Javier sostuvo ese sobre incrédulo y a pesar de ser el único Bernal que estaba en el contingente, lo revisó muy bien para estar seguro que era para él. Comprobó su nombre completo, comprobó el nombre de su

12 Palabra que se utiliza en los Llanos Orientales de Colombia como sinónimo de estar alerta.

mamá, se detuvo unos segundos advirtiéndole que esa fuera su letra; y finalmente lo abrió. Su mamá lo saludó muy apenada de que lo tuvieran en cautiverio, diciéndole que lo amaba mucho, que estaba muy triste y preocupada por él, pasando algunas noches de insomnio sin saber si lo podría ver pronto; le decía que el ejército no sabía o no le quería decir nada, que su hermano también estaba bien, aunque estaba nervioso y golpeado por la situación; que los vecinos del barrio lo preguntaban mucho y le daban mucha fortaleza a ella; y finalizando la carta le dijo que su papá había estado dando vueltas por ahí y estaba pendiente de ella, cerrando con un «te amo mucho hijo y espero que vuelvas pronto».



Aunque su mamá no habló de su situación económica, ni de cómo estaba resolviendo las cosas en la casa, de si estaba pasando necesidades, nada; había algo que le daba tranquilidad, y es que al final de la carta ella dijo que su papá había estado dando vueltas por ahí, y Javier sabía muy bien que su papá tenía una situación económica mucho mejor que la de ellos, y podría ayudar en la casa, no era mucho pero le dio un poco de paz.

— Bernal..., Bernal, tabanoso; pero usted es el más demorado, a ver a ver.

Javier no entendía, habían interrumpido su tercera lectura de la carta, y se había quedado sorprendido, ¿por qué lo llamaban otra vez?, se levantó y se acercó; le entregaron otro sobre, era para él, esta vez de parte de su papá. Esta carta fue el descanso final de Javier, que tras leerla unas cuantas veces, la podía resumir «mijo le deseo mucha fuerza, usted tiene que salir de esto y estese tranquilo, concéntrese en usted y en salir de allá, no se preocupe por su mamá que yo me ocupo de eso».

El fantasma

XI

Tras la visita del Mono Jojoy habían pasado ya 3 meses aproximadamente, las rutinas se habían venido renovando desde esa ocasión, ahora tenían un radio que funcionaba con baterías y lo reservaban para usarlo solo en la noche cuando ya los hacían encerrarse en la zona de dormir, todos ingresaban, ponían el radio en el centro del dormitorio y empezaban a escuchar un programa muy popular en Radio Recuerdos, una emisora bogotana, y La carrilera de la 5, una emisora de Cali; todos se acomodaban en un círculo alrededor de la radio, lo más cerca posible pues tenían que escuchar a muy bajo volumen por órdenes de los guerrilleros. En esa emisora usualmente permitían que las familias de los soldados secuestrados llamaran para enviarle saludos a sus familiares, y ponían algo de música, entonces cuando un familiar de alguno del campamento llamaba, todos lo alertaban para que se acercara, y el volumen del radio subía unos decibeles para que el mensaje fuera claro para el soldado. La esperanza de un saludo era una de las

cosas que más esperaban cada día, poder escuchar la voz de un familiar, saber que los estaban esperando y pensando, saber que, a pesar de la distancia y el tiempo, ellos seguían vivos en los recuerdos de sus familias.

Además del radio, los guerrilleros decidieron también enseñarles a cocer con nailon, porque ellos mismos hacían sus portafusiles y sus correas, entonces les enseñaron a quienes quisieron, solo con la condición de que les tenían que dar a cambio correas y portafusiles. Aunque la mayoría aceptó, no todos lo hicieron, a muchos les pareció molesto que siquiera les propusieran algo así. No para Javier, que pensaba que ya estaba secuestrado y no podría cambiar eso, y sabiendo que su mamá estaba bien, solo le quedaba mantenerse saludable durante lo que durara su cautiverio, sin embargo, cocer con nailon no era nada sencillo, porque el nailon que les daban tenía una extensión alrededor de unos 50 metros, y se solía enredar de una forma terrible, pero a pesar de eso, el nailon y la radio, eran las únicas cosas que rompían la monotonía que llevaban, de resto todo era igual.

Podían caminar dentro del área que les habían demarcado con palitos, o estar en el

plástico durante todo el día, pero a las 6 de la tarde ya tenían que estar debajo del plástico obligatoriamente. Luego les prendían las velas alrededor del plástico y una hora después pasaba el avión fantasma sobrevolándolos y cada noche los guardias, cuando empezaban a escuchar el sonido del avión, como no podían moverse de su lugar, ellos los alertaban «el avión, el avión», lo que también se volvió parte de su rutina; y los soldados se burlaban porque era como estar en la tarde a la espera de que empezara el programa de televisión de la Isla de la fantasía. Cuando ellos llamaban, se acercaba un guerrillero encargado y apagaba las velas, aunque a veces él llegaba cuando ya había pasado el avión. Esos habían sido estos casi 6 meses desde que los instalaron en ese campamento.

Una mañana, aproximadamente a las 11, Javier estaba tejiendo dentro de la zona de hamacas; en ese momento Amarillo era el guerrillero que estaba encargado de los soldados; cuando empezaron a escuchar el sonido del fantasma, pero Javier, ya muy acostumbrado, no le prestó atención y continuó con su rutina. Pero ese día, el avión empezó a dar vueltas sobre el campamento, en vez de

seguir derecho como era lo habitual; y minutos después se escuchó un sonido distinto, un sonido nuevo, más rápido; un sonido característico de aviones pequeños como los OV-10.

Amarillo pensó para sí mismo en voz alta «esto me huele a bombardeo», e inmediatamente alertó a todos, «pónganse las botas, recojan sus equipos... que hubo a ver, pónganse tabanosos, los vi, los vi, pónganse tabanosos, pónganse botas, recojan sus equipos». Los soldados, escépticos dentro del campamento se quejaban entre ellos y para sí mismos sobre el comportamiento de Amarillo, Javier se dijo «este man sí jode, no va a pasar nada», y se puso las botas de mala gana, cogió el equipo remilgando y desganado; y en ese preciso instante, uno de los OV-10 cambió su sonido, se hizo más veloz y todos lo sintieron acercarse repentinamente, todo en un solo segundo, y Javier sintió como si le atravesaran los oídos.

— Se picó, se picó —gritó Amarillo, y todos, instintivamente, se tiraron hacia la zanja que los guerrilleros habían hecho para evitar que el campamento se inundara; nadie podría explicar cómo todos y cada uno de

ellos, los 33 presentes, lograron entrar en esa zanja junto a sus equipos. ¡BOOOOM! cayó el primer bombazo.

Sus corazones empezaron a acelerarse, «esto es un bombardeo, de verdad sí es un bombardeo» pensaba Javier en el frenesí del momento, metido en esa zanja. En el ejército nunca habían sentido un bombardeo, porque cuando había combate estaban del otro lado; el mismo Javier, como radio operador, fue testigo de cómo se programaban los bombardeos, pero jamás se imaginó en esa situación, porque esa era la realidad de los guerrilleros, no la suya; entonces sentir las bombas tan cerca, y sentir que los estaban ametrallando a ellos, era una situación de un nivel distinto; todos querían salir a correr, alejarse de la zona, pero Amarillo los retenía en la zanja, les decía «espere, no se muevan que toca amarrarlos uno por uno», pero no llegaba nadie con los cordeles para amarrarlos; y eso los mantuvo ahí hasta que llegó un guerrillero de más rango.

— Amarillo ¿qué hacen ahí? —Le gritó.

— Estoy esperando los cordeles para amarrarlos —respondió Amarillo.

— Qué amarrarlos ni qué hijueputas, salgan a correr, salgan —sentenció finalmente el guerrillero.

Y entonces todos empezaron a correr, Javier se fue detrás de Amarillo, lo estaba siguiendo junto con otros tres soldados porque pensaron que él sabía qué hacer en estos casos, que estaba preparado, pero de un momento a otro entre el vértigo de su corrida, cuando se dieron cuenta estaban solos, Javier y cuatro de sus compañeros secuestrados, Amarillo se había perdido, y Javier con sus compañeros aún más.

Al verse perdidos decidieron acercarse a un árbol inmenso que vieron, el más grande de toda la selva, el más grande de todo Colombia, pensó Javier. Cuando llegaron al árbol ya había pasado el bombardeo, pero seguían ametrallando, y el dragoneante Rueda estuvo varios minutos dándole vueltas al árbol, tratando de protegerse con él de un posible impacto; el resto sí se quedaron sentados a la espera de que llegara alguien más; porque sabían que los impactos estaban lejos de su posición. Ya cuando todo pasó, unas horas después, se encontraron con Amarillo y regresaron al campamento para dormir esa noche.

Otra noche del falso descanso, como las que habían quedado en el pasado al principio del secuestro, cada mínimo sonido ponía en alerta a todos en el plástico. Esa noche se escuchaba un disparo cada 10 o 15 minutos, todos sabían que no había combate y suponían que había alguien perdido, y que con eso querían que los perdidos se ubicaran. Esos disparos continuaron hasta las 2 o 3 de la mañana, entonces dedujeron que ya habían llegado los perdidos.

Al día siguiente, salieron del campamento a primera hora y empezaron a caminar a uno nuevo. Fue su primera caminata desde el ejército, y la más larga que había realizado, caminaron entre 3 y 4 días hasta el siguiente campamento. Durante la caminata, cuando recién estaban iniciando pasaron al lado de donde cayó una bomba, uno de esos monstruos de 500 libras; al acercarse a ese lugar, solo se veía un tapete verde de pasto, con algunos árboles que estaban desnudos de hojas, y en el centro de ese tapete de hojas caídas estaba la huella de la bomba, un hueco increíblemente grande.



Además de la decisión de buscar un nuevo campamento, debido a ese bombardeo, los guerrilleros también decidieron empezar a darles víveres por si se producía una emergencia parecida en la que tuvieran que salir a correr, y evitar que si se volvía a presentar algo similar no se quedaran sin provisiones.

Aunque el bombardeo les generó a los soldados mucho miedo y adrenalina, ahora que había pasado el momento se sentían descansados y se reían de lo ocurrido; entonces en esos días se la pasaron hablando de cómo cada uno vivió el momento. Todos decían que los soldados más pequeños del grupo eran los que más rápido corrían y pedían pista para hacerlo; contaban que Veleño Niño iba pasando cuando vio una guerrillera que mientras corría se cayó y se tronchó el pie, y se quedó en el piso llorando, pero ningún guerrillero la auxiliaba, solo le saltaban por encima; que esos guerrilleros que uno supondría que deberían estar más acostumbrados a eso, parecían más asustados que los soldados; Veleño se acercó y trató de tranquilizarla, pero procuraba no acercarse mucho ni tocarla, porque ella tenía un fusil, y Veleño decía que sentía miedo de ayudarla

porque tal vez iban a malinterpretar sus intenciones y terminaría en un problema peor; así que con dolor, únicamente le dijo que se tranquilizara y siguió su camino, porque sentía que no podía hacer más.

Monotonía y fuga

XIII

El bombardeo había dejado algo más que solo el cambio de campamento, destruyó las costumbres que se habían establecido, aquellas que entre la abrumadora constancia de la monotonía los mantenía en cierta estabilidad. Debido al bombardeo se eliminó la práctica de la costura para los soldados, esa práctica que mantenía ocupado a Javier, ya que todos los materiales se habían perdido y excepto un soldado, Salazar, que era el único que había entregado producto, le permitieron seguir cocinando, además de darle cierto trato especial por los productos que entregaba, a cambio también le daban cigarrillos y dulces, pero él solo lo hacía para pensar en otra cosa, para él era una actividad desestresante.

Después del bombardeo, también empezaron las caminatas y los constantes cambios de campamento cada 5 meses; en esa primera ocasión habían caminado 4 días hasta llegar al siguiente campamento. En ese segundo espacio no hubo nada nuevo, ni resaltable, la misma rutina solo que sin pasatiempos, solo esperar a que pasara el día. Lo único

resaltable fue que esta vez los hicieron hacer trincheras alrededor de ese nuevo espacio de concentración, pero no lo sintieron como una obligación, sino que era una necesidad por si volvía a haber un bombardeo, para tener donde refugiarse. Unos meses después en una tarde normal, pasó un OV-10 rozando la copa de los árboles, y todos los soldados inmediatamente se tiraron a las trincheras del susto y la incertidumbre. Al día siguiente escucharon en la radio al presidente Pastrana decir «sabemos dónde están los muchachos», y ahí la guerrilla decidió que debíamos recoger todo porque se iban a empezar a mover de nuevo. Los días pasaban de forma lenta y pesada, pero igual pasaban, y ya no eran solo días sino meses, y en esos meses ya cumplían su primer año de secuestro.

Cuando tenían que moverse de campamento, usualmente eran caminatas de 4 días mínimo, muchas veces semanas, a veces por río, en lancha. Cuando iban en lancha, a ellos los amontonaban en las de 20 toneladas, y las cocineras iban en lanchas voladoras; entonces ellas se adelantaban, porque iban muy rápido, llegaban a una zona que acondicionaban para preparar la comida y cuando llegaban los soldados ya la comida estaba lista; así que

comían en alrededor de 40 minutos, y continuaban con el trayecto. Cuando era caminando tenían que parar porque todos iban parejo, y hacían la comida muy rápido, algo sencillo como un arroz, algo que tardara 30 minutos, para luego continuar con su trayecto.

A veces había contratiempos, en una ocasión el motor de la lancha dejó de funcionar, y tuvieron que quedarse casi 3 días quietos mientras lo reparaban; y cuando eran las caminatas los contratiempos eran de salud, cuando un soldado tenía paludismo o enfermedades comunes que se daban en la selva del Guaviare, pero no eran la gran cosa, ni algo que los detuviera mucho.

También ocurrían cosas a raíz de los caminos que transitaban las lanchas, ellas andaban en ríos que a veces eran muy pequeños y con una vegetación muy frondosa, donde apenas cabía la lancha, e incluso la misma lancha se iba abriendo paso entre las ramas de los árboles. Siempre les decían que se agacharan, porque la lancha pasaba arrastrando ramas de árboles, luego esas ramas se devolvían con fuerza y eran peligrosas; en una ocasión, un palo que regresaba con toda la fuerza de la inercia después de desengancharse de la

lancha, golpeó en la cara a Almonacid en la parte de la oreja, dejando una herida. En otra ocasión, una rama que se desenganchó con fuerza, golpeó a un guerrillero en el pecho, y lo mandó a volar fuera de la lancha, y ese guerrillero tenía botas, ropa, fusil, chaleco, equipo, por lo que su peso era mucho y se hundió rápidamente; cuando la lancha paró todos empezaron a buscarlo, y nadie lo hallaba, hasta que un soldado alcanzó ver su silueta bajo el agua, y lo tomó de su indumentaria para que pudiera salir del agua, pues no podía flotar, y al final llegó otro guerrillero para tomar el fusil y llevarse a su compañero. Después el mismo soldado le decía a Javier que debió dejarlo ahí, pero que en el momento él solo pudo pensar en la angustia de una persona que se estaba ahogando, fuera quien fuera.

Ya iban a completar un año y medio de cautiverio, mientras cumplían su estancia en el tercer campamento, que no era resaltable, sino que era igual a los anteriores, con las mismas costumbres y sin nada nuevo. Una mañana como cualquiera dentro de esa eterna monotonía algo fue diferente, Javier se levantó y sus compañeros empezaron a murmurar, a rumorear bajito; la mañana parecía como cualquier otra, pero no se sentía igual.

— Marica, faltan Grillo y Salazar —fue lo primero que escuchó Javier.

Y ese mensaje se empezó a repetir igualito en la zona de hamacas, pero por parte de distintas voces que se preguntaban a dónde podrían estar si sus hamacas seguían ahí, pero de ellos nada. Urías, era el guerrillero que estaba encargado de cuidar a los soldados, y esa mañana como era normal, llegó a realizar el conteo, y contó 30.

— ¿Qué pasó con los otros? —preguntó.

— Ellos están acostados, es que se sienten enfermos —respondieron, y él asintió con su cabeza y se fue.

Más allá de eso los soldados se mantuvieron callados, y trataban de asemejar normalidad frente a los guerrilleros para darles tiempo a Grillo y Salazar de hacer lo que tuvieran que hacer. Todo ello entre la intriga, aunque los soldados sabían que probablemente se habían ido, pese a que nunca le habían dicho nada a nadie, seguro aprovecharon que la noche anterior había llovido muy fuerte, y con el ruido de la lluvia se fugaron sin que el guardia escuchara nada.

Unos 30 minutos después del conteo, empezaron a salir los soldados al chonto, y luego del segundo viaje, volvieron unos guerrilleros sobresaltados diciendo que ya no iban a sacar a nadie más para el chonto, y se fueron a su campamento. Algún soldado le dijo a la guerrilla que faltaban Grillo y Salazar, eso estaba claro. Momentos después llegó Urías de nuevo, pero esta vez gritando.

— Salgan todos, todo el mundo me forma... háganme una fila ya, los veo —y volvió a contar, y volvimos a ser 30—; y los otros dos se volaron, ¿cierto? —el silencio, fue su respuesta—, listo, no pasa nada —continuó—, quédense ahí, todo bien —y se fue.



Javier y el resto de los soldados se quedaron en el plástico, se preguntaban qué les pasaría a ellos, y qué le pasaría a Grillo y Salazar; lo que sí tenían claro es que esto les iba a traer consecuencias. Más tarde volvieron los guerrilleros, esta vez más amenazantes, y empezaron a hacerles preguntas «¿dónde están?», «¿por qué se escaparon?», «¿cómo se escaparon?», preguntaron indiscriminadamente; y luego separaron a García, que era el más cercano a Grillo y Salazar, y lo amarraron a un árbol todo un día, fuera de la frontera de las hamacas.

— ¿Usted sabe dónde están? —le preguntaron todo el día.

— Yo no sé nada —respondía él, con el miedo evidente de su posible muerte.

La verdad era que nadie sabía nada, solo Grillo y Salazar, que planearon todo en silencio. Y mientras que todo esto les ocurría, seguro Grillo y Salazar iban huyendo, buscando una salida de la selva.

Los soldados no supieron nada más de ellos, aunque días después los guerrilleros les dijeron que los habían encontrado muer-

tos, que la zona era muy difícil, y no habían logrado hacer mayor cosa. Sin embargo, los soldados eran escépticos a eso, creían que lo decían para evitar más fugas y se la pasaban escuchando la radio en la noche, con el volumen bajo que acostumbraban, esperando que en las noticias dijeran que 2 soldados secuestrados se habían logrado fugar. Pero pasó y pasó el tiempo, y nunca se escucharon noticias al respecto, quedaron con la incertidumbre; así que sí, concluyeron que esta vez las FARC habían dicho la verdad.

Luego de esa fuga la guerrilla los empezó a encerrar de forma más violenta; decidieron poner tablas de 2 metros de alto a modo de cerca, una tras otra, y ellos no podían ver a su alrededor, solo al cielo, ver las copas de los árboles; y aunque el cambio no fue mucho, fue un golpe psicológico, porque se sentían encerrados, más encerrados aún, más secuestrados que antes. A pesar de eso, a la semana ya se hizo parte de su realidad. Además del encierro también empeoró la comida con el tiempo.

Los guerrilleros de ese mismo campamento decidieron acondicionar un espacio para una cancha de micro, a unos 50 metros del

centro de concentración que construyeron. Y pusieron a los soldados a cargar lonas de arena, con la promesa de que podrían jugar en la cancha cuando estuviera lista; entonces recogían las lonas de las lanchas e iban a llevarlas a la zona preparada para la cancha de micro; eso durante todo un día. Y esa misma noche llegaron unos guerrilleros de otro campamento y jugaron en la cancha. Al otro día, cuando se suponía que iban a jugar, había un lodazal donde no se podía hacer nada, y empezaron a renegar; entonces Urías tomó la palabra y les dijo que no se preocuparan, que la acondicionarán de nuevo, y que si volvían más guerrilleros no los iban a dejar jugar. Pocos se animaron a reacondicionar la cancha, pero Javier pensaba que estaba bien hacer cualquier cosa con tal de salir de su encierro.

Esta vez la promesa se cumplió, y en esa cancha podían dejar salir su estrés y cambiar la monotonía, les permitían jugar micro 2 veces a la semana, eso y Póker era lo único que podían hacer, aunque el juego ya era dentro de la concentración que les hicieron los guerrilleros, a ellos solían darles cigarrillos Mustang sin filtro, y usualmente los apostaban en el Póker. Pero Javier como no fumaba, los

intercambiaba por jabón o crema; esos cigarrillos eran la moneda de cambio para ellos. En micro solo les permitían jugar entre ellos; pese a que propusieron jugar contra la guerrilla, Urías rechazó la propuesta porque dijo que eso era para patearse y tener problemas en el futuro.

Luego de tres meses de la fuga, los soldados supieron la verdad sobre Grillo y Salazar, era una historia diferente a la que las FARC les había contado. Eran las horas de la tarde, Carlos estaba en su hamaca mirando al cielo y de repente hubo una algarabía, escuchó aplausos, y se levantó inmediatamente. Eran Grillo y Salazar entrando al campamento; al llegar, ellos abrazaban a todos, y entonces hicieron un círculo a su alrededor, preguntándoles sobre lo que había pasado. Y un guerrillero gritó «esta vez les perdonamos la vida, la próxima vez, el que se escape no vive», pero los soldados solo querían escuchar la historia de sus compañeros.

Javier escuchó atentamente cuando Grillo y Salazar narraron su experiencia; contaron que empezaron a caminar sobre un camino lleno de agua, y siguieron, y siguieron, y el

agua continuaba presente; hubo momentos en los que era tan alto el nivel del agua, que tenían que ir nadando de árbol en árbol; que escuchaban las voladoras pasar, buscándolos, seguramente. Pasaron la noche de la fuga, la noche y un día, la noche y dos días, y el agua continuaba, ellos estaban fatigados, con hambre, con calambres, y se dieron cuenta que no había sido la mejor decisión, y así prefirieron entregarse; sabían que era eso o morir. Así era el Guaviare, así los tenía atrapados la guerrilla.

Cruzaron a la otra orilla del río y le hicieron señas a una lancha que vieron venir, en la lancha solo iba un guerrillero, «buena gente él», dijeron ellos; era un comandante, no tenía un rango tan alto, pero tampoco era un cualquiera. El guerrillero los hizo sentar en la punta de la lancha, muy prevenido de ellos, apuntándoles todo el tiempo con un revólver que tenía, por si intentaban hacer algo, y los llevó al campamento. Llegaron al embarcadero, y mientras se bajaban vieron a Urías acercarse a unos 70 metros caminando absolutamente fúrico hacia ellos, cuando estaba a unos 10 metros desenfundó el arma que tenía, Grillo y Salazar se sintieron muertos. Pero el guerrillero que los había llevado

se interpuso entre ellos e hizo que Urías se detuviera. Enfundó de nuevo el arma, resolvió y se fue corriendo al campamento. Urías era el responsable de Grillo y Salazar, y en la guerrilla hay mucha competencia para poder subir rango, sabía que el que la cagaba perdía puntos para un ascenso; «si no hubiera estado ese guerrillero, seguro estábamos muertos», finalizaron.

— Pero marica qué pasó en todo este tiempo, por qué hasta ahora vuelven —preguntó González, y todos lo abuchearon y le pidieron que dejara contar la historia.

El relato siguió por parte de Grillo y Salazar; 10 minutos después volvió Urías con más guerrilleros y con los cordeles, los amarraron y los dejaron en un lugar aparte, amarrados en un cambuche al lado del río. En ese cambuche debían hacer su propio chonto y demás, pero no solo eso, sino que continuaron amarrados por unos 3 meses, y hasta se empezaron a enfermar, a sentir decaídos, les dio muy duro estar amarrados y separados. Estaban tan mal que no tenían ni fuerza de hacer un nuevo chonto, y ahí fue cuando la guerrilla decidió devolverlos al sitio de concentración.

Unos días después del regreso de los compañeros, le anunciaron a todo el grupo «alisten que mañana empezamos caminata». Les dieron los víveres para que cargaran, y al día siguiente empezaron el tránsito al siguiente campamento. En esa ocasión caminaron alrededor de dos semanas, cuando tenían que descansar, la guerrilla indicaba donde armar el cambuche, y los rodeaban con los guardias; también les daban unos plásticos cortos con los que se cubrían por si llovía. En el nuevo campamento hubo un cambio importante: ya no estaban encerrados por tablas, sino que habían puesto alambres con púas.

Entre púas y deseespero

XIII



Javier sabía que su suerte estaba echada desde hacía mucho tiempo, todo venía empeorando desde el primer bombardeo, y las cosas se habían acelerado mucho desde la fuga de Grillo y Salazar, cada día era más difícil mantenerse cuerdo en el encierro. Se sumaba un desgaste emocional por el tiempo, las condiciones, el cansancio; que los debilitaba a todos, consigo mismos y con otros, incluso pasaba también con la guerrilla. Ese secuestro había durado mucho y él no tenía certeza de cuánto más iba a continuar. En ese campamento de púas estuvieron 6 meses más, las opciones de moverse, de bañarse, esas escasas "libertades" eran cada vez menores.

Después de la salida del primer campamento de púas, apartaron a algunos soldados y al resto los subieron a las lanchas; esta vez estuvieron alrededor de 2 semanas en ellas, también habían subido a un grupo de policías, y ellos notaron la presencia de los soldados porque estaban al fondo de la lancha, y cuando se levantaron a recoger la

comida, esos policías los observaban pasar y se sorprendían porque nunca los habían visto antes, no sabían de dónde los habían sacado, esos policías se preguntaban cuántos secuestrados más había, cuántos más pasando por lo mismo.

Pese a que estuvieron mucho tiempo en las lanchas, no pudieron socializar mucho entre ellos, porque los soldados se encontraban atrás, y los policías adelante, solo se cruzaban cuando iban por la comida. Posteriormente llegaron por fin a una zona de tierra, donde estuvieron momentáneamente mientras preparaban el nuevo centro de concentración, y ahí ya empezaron a tener algo de contacto entre soldados y policías.

Inmediatamente descendieron los recibió de nuevo el tedio de la monotonía, además de un clima implacable de lluvias. Siempre estaba lloviendo y caminaban mientras se empezaban a hacer más pesadas sus botas a raíz del inmenso barreal que se formaba y se adhería a ellas. Así eran las temporadas lluviosas en las selvas del Guaviare; al levantarse hay barro, al acostarse hay barro, al bañarse hay barro, siempre barro. Para con-

trarrestar eso, los soldados solían echar arena, pero como igual tardaba en compactarse, por las lluvias y sus caminatas, al menos un mes más iban a tener barro por doquier.

Los guerrilleros que también sufrían las condiciones de barro e incomodidad, adicionalmente tenían que cumplir con múltiples funciones como armar campamentos, cortar madera, llevar, traer, cuidar; y eso hacía que estuvieran muy cansados y hasta se dormían haciendo guardia. Era tan constante el hecho de que se durmieran, que les ponían un palo de un metro de altura al cual tenían que estar pegados todo el tiempo, para que los sostuviera; a veces cuando tenían garitas, les llenaban el espacio con unas ramas que tenían espinas, y si el sueño los vencía y sus cuerpos se doblaban, esas ramas los chuzaaban para despertarlos.

En ese precampamento, estuvieron casi un mes mientras construían el centro de concentración, su nueva cárcel, una cada vez más inhumana. Entre soldados y policías también iniciaron los altercados y peleas; los policías daban la impresión de sentirse más importantes y de más estrato, entonces eso conllevaba que se presentaran conflictos.

Con el tiempo, después de varios problemas, decidieron nombrar un líder por cada grupo para que ellos pudieran solucionar los problemas y así evitar sus inconvenientes; entonces, cuando había problemas entre un soldado y un policía, se acudía a los voceros para que pudieran mediar en la disputa y que no escalara a conflictos mayores; ellos tuvieron que llegar a acuerdos para repartir los víveres, los juegos, los cigarrillos, etc., el vocero de los soldados era Salazar, uno de los soldados que intentó fugarse; él se caracterizaba por ser hablador y preocuparse por todos, nunca dejó de levantar la voz cuando algún compañero necesitó de algo, él era el indicado, pensaba Javier y la mayoría del grupo.

Ahí, en ese precampamento Javier vivió una de las experiencias más tensas del secuestro; a ellos los mantenían en un sitio despejado y lleno de guerrilleros al lado, donde había un guerrillero era su límite; y les daban canecas con agua para bañarse, una o dos canecas. Todos los secuestrados estaban bañándose y un guerrillero dijo, «bueno ya, se acabó, todo el mundo se me alejó, se me alejaron». Javier se alcanzó a echar dos o tres cocadas más de agua para

quitarse un poco el jabón, pero un policía siguió bañándose, entonces otro guerrillero que iba pasando le dijo, «ole, gran hijueputa le estamos dando una orden», y le quitó el fusil al guerrillero que los estaba custodiando, desaseguró el fusil y apuntó al Policía; inmediatamente todos se apartaron de la zona unos metros, teniendo en cuenta la posible trayectoria de la bala; sabían que cuando disparara, esa bala iba a seguir derecho e iba a destruir cualquier otra cosa en su camino. Expectantes ante la tensa situación, seguían mirando asustados. Sin embargo, el único que no se pudo mover, debido al miedo, fue aquel Policía, que quedó petrificado. La sevicia con la que el guerrillero lo miraba producía escalofríos.

— Le están dando una orden, no pidiéndole un favor hijueputa —gritó el guerrillero.

— E... es que, no he terminado —balbuceó como pudo el policía.

— Yo acaso le pregunté, a mí me importa un culo si no se pudo bañar, ya le dijeron que se acabó la maricada... Es que ustedes hijueputas creen que les tenemos que rendir pleitesía o que las cosas se hacen cuan-

do quieran, pues no es así —lentamente fue bajando el arma mientras le gritaba, hasta que finalmente lo mandó con el resto, y regañó al guerrillero que los estaba custodiando—, usted a estos hijueputas les da órdenes, no les pide favores.

La tensión y el miedo producido por ese evento continuó hasta días después del hecho, hasta cuando ya los enviaron al nuevo campamento con los alambres de púas que persistían. Las cosas no podían estar peor y en esta ocasión los guerrilleros decidieron meter los baños dentro de la concentración militar y les dejaban un galón de agua para que se lavaran las manos al ir al baño.

Ahora estaban más encerrados, todo lo hacían dentro de ese rectángulo grande; adentro estaba dividido en dos rectángulos más pequeños, que se rifaron los representantes de policías y soldados, los espacios estaban conectados por un pasillo, y había unos baños en el centro de las dos concentraciones. Javier y el resto estuvieron presentes en el sorteo del lado de la concentración que tendrían, eran esos pequeños momentos de distensión que a pesar de parecer simples detalles, les daba la oportunidad de

apostar, hablar, reír y comentar más tarde. Los representantes de ambos decidieron que el sorteo se haría con la cara y sello de una moneda; de por medio se veían transacciones y apuestas con cigarrillos, en el sorteo que finalmente terminaron ganando los policías.

En este espacio de concentración ya no dormirían en hamacas, sino que los guerrilleros habían hecho unas camas de tablas y este campamento ya tenía integrada una cancha de fútbol al lado, pero para salir a la cancha había otra puerta con púas alrededor; esta cancha estaba encerrada por malla gallinera para que no se fuera el balón, aunque nunca faltaba el que lo tiraba afuera, y seguir jugando dependía de si el guerrillero estaba de buen humor o no; en este nuevo lugar de juego a veces podían tener un partido contra los policías, y como era costumbre, las apuestas siempre estaban presentes.

Pese a los acuerdos, no se evitaban del todo las discusiones y peleas, una vez en una comida a Tobar no le gustó la actitud de un policía, y llegó a la zona de las camas de tablas muy molesto, diciéndole a Javier que un policía le había dicho cosas que no le habían gustado.

— Tobar venga, relájese que ya pasó, ya deje así, mire que esos son problemas pen-dejos —le decía Javier tratando de controlar su exaltación, mientras veía cómo Tobar solo resoplaba y decía muchas cosas al aire.

— Es que ese hijueputa se cree mucha cosa como todos esos otros policías y creen que uno se tiene que aguantar, es que sabe qué yo no sé porque me aguanté y no le metí un puño de una vez a ese man, es que sabe qué Bernal, me voy a devolver a buscar a ese pirobo a ver cómo es entonces, si es que se cree mucho o qué.

— No, no Tobar ¿qué va a hacer?, venga y llamamos a Salazar para que arregle el asunto —expresó Javier, conciliador.

— Qué Salazar ni que hijueputas, yo a ese marica lo voy es a romper —y Tobar se devolvió a buscarle problemas, pese a que Javier intentó detenerlo.

Como los espacios estaban uno al lado del otro, no tardó en encontrarlo y empezaron a golpearse con toda la energía que tenían, fue tan fuerte la pelea que para pararlos alguien contó hasta tres y los policías cogie-

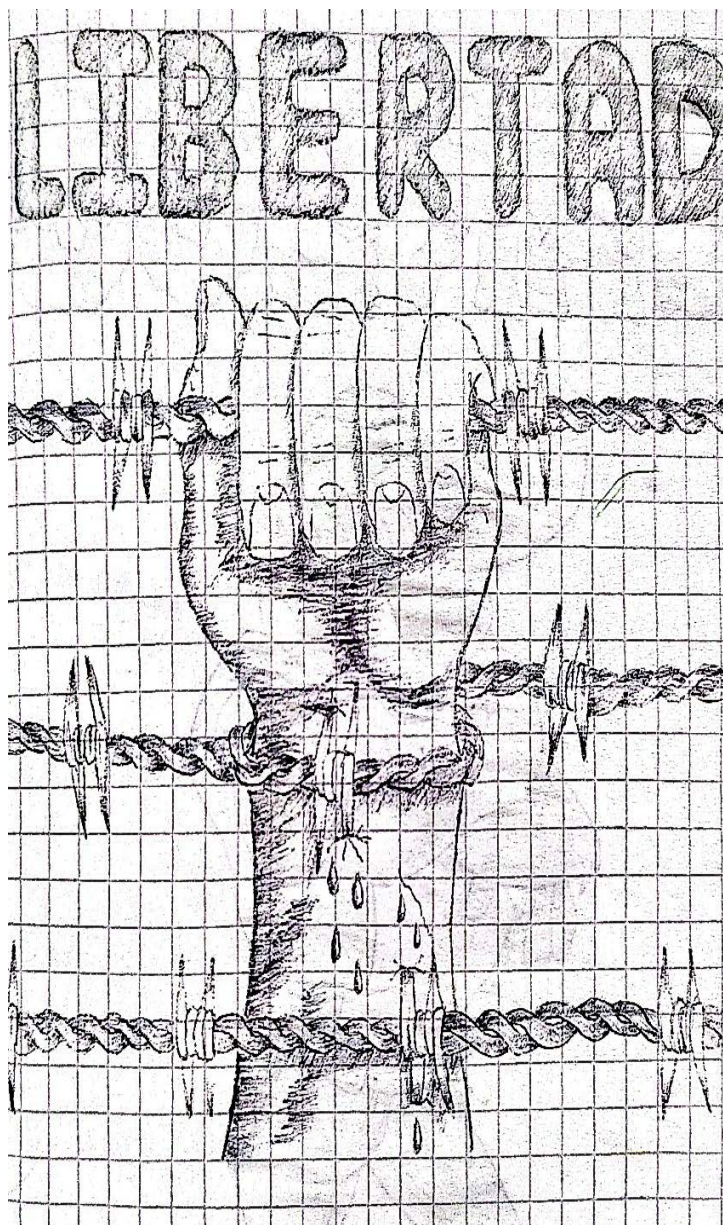
ron al suyo, mientras los soldados cogían a Tobar.

Tobar quedó con el labio inferior partido por la mitad de manera prominente, y la regla de los guerrilleros es que ellos los atendían por enfermedad o lesión fortuita, pero no intervenían para curar heridas por peleas entre ellos; fue por esa misma razón que se habían designado los representantes, para evitar lesiones de ese tipo. Entre los soldados, el dragoneante Benavides se había vuelto especialista en costura, y era evidente que había que coser a Tobar, entonces lo sentó, le dio un cepillo para que lo mordiera, tomó una aguja y la cauterizó con el fuego de una mechera, y con un hilo que les daban para reparar la ropa, le cosió el labio a Tobar. Javier siempre se quedaba sorprendido con lo que hacía Benavides, más aún a esa altura del secuestro, cuando ya había tenido que practicar mucho; Javier creía que la costura estaba muy bien, sobre todo cuando le quitaron los puntos y vieron que casi no le quedó cicatriz alguna.

Además de los días de micro y las pequeñas novedades, el campamento de púas era

terrible, y cada día peor. En una ocasión les dieron una comida que le cayó mal a muchos secuestrados y hubo una terrible epidemia de diarrea que duró unos días; fue de tal magnitud el malestar que tuvieron que defecar en unas bolsas que tenían para meter su ropa.

Al final, luego de unos meses en este infierno, como era costumbre, tuvieron un cambio de campamento, de nuevo en esta ocasión caminaron, aunque tan solo por unos días, hasta que llegaron a otro campamento que ya estaba levantado. Las púas permanecieron, pero el alambre era mucho más tupido y el encierro mayor, nada mejoraba, solo empeoraba.



La visita

XIV

— Romero Rico, aliste todo que sale en 10 minutos —le dijo un guerrillero a uno de los policías que estaba secuestrado; los secuestrados ya llevaban alrededor de dos semanas en este nuevo campamento, y las rutinas eran absolutamente las mismas, su vida no había cambiado ni un ápice.

«Uy márica, qué pasó, y por qué se lo llevan», dijeron al unísono todos en el campamento de púas; y Romero, que siempre fue muy optimista, solo decía «¿será que me van a liberar?».

Todos lo rodearon y le pidieron que mandara saludos, que preguntara por la familia, etc., hasta que finalmente lo sacaron.

— Sígame —le dijo el guerrillero, y en el campamento se quedaron mirándolo hasta que desapareció.

Todo el día estuvieron con sensación de emoción e intriga por lo que le hubiera pasado a Romero, pero esa sensación duró apro-

ximadamente hasta las 5 de la tarde, cuando a lo lejos, y acompañado por el murmullo de todos venía Romero de nuevo, caminando en dirección a ellos.

Inmediatamente entró, todos lo rodearon para preguntarle por qué lo habían sacado, qué había pasado, preguntarle si todo estaba bien. Y entonces Romero habló.

— Ninguno de ustedes me va a creer lo que les voy a decir, pero imagínense que hay dos madres en el campamento; la mía y la mamá de otro man de un campamento que tienen acá al lado —la sorpresa era clara; estaban convencidos de que algo estaba pasando, o que algo iba a pasar, ¿pero qué era?

Romero les contó que las mamás llegaron primero al otro campamento, entonces a él lo sacaron para que estuviera con su mamá, «pero mañana vienen por acá».

Efectivamente, al otro día llegaron las madres, que se la pasaban llorando de verlos. Javier se sentía muy incómodo, porque para él estaba en su normalidad, estar detrás de ese alambrado, comer mal, no tener buena atención médica. No le parecía que estuviera

sorprendentemente flaco y que pronto sería parte de una de las imágenes más desgarradoras que se verían en la televisión por cuenta del conflicto; para él no era así, pero pese a eso, cualquier otro lo sabía en un simple vistazo, su semblante era precario y las condiciones en las que estaba confinado eran inhumanas.

Gracias a esa visita, su situación de secuestro mejoró de nuevo paulatinamente, esas dos madres estaban empeñadas en que ellos pudieran disminuir las malas condiciones de vida, y por supuesto que fueran liberados. Hablaron directamente con el Mono Jojoy, le dijeron que por favor se fijara más en la comida, en la salubridad y aseo, en la salud mental, que les dejaran entrar cartas y libros para leer, que les dejaran realizar más actividades porque veían que estaban al borde de un abismo mortal.

A raíz de las visitas de las madres, los secuestrados pudieron recibir mucha de la correspondencia que les habían mandado en su cautiverio, también les permitieron enviar cartas e iniciar una actividad con el exterior, señalándoles que todo era bajo su respon-

sabilidad, y que si el ejército llegaba a descubrir en donde estaba el campamento, posiblemente ellos eran los que más lo iban a lamentar.

Tres semanas después de la visita de las madres, llegaron unos periodistas al campamento de los secuestrados, realizaron algunas entrevistas en el sitio, y grabaron algunas imágenes que el país luego conocería y condenaría. Lo que ejercería presión al gobierno para realizar acercamientos de negociación con la guerrilla. En la radio se hablaba mucho del proceso de paz, y los secuestrados se la pasaban pegados a la radio para saber cómo evolucionaba el proceso, pero realmente no tenían mucha esperanza, había mucho escepticismo acerca de todo y la liberación no parecía cerca.

El último viaje

XV

Un día, nuevamente Javier tuvo que recoger su equipamiento porque iban a empezar a moverse, un nuevo cambio de campamento; esta vez la distancia fue mucho más larga, fueron varios días de caminata y lancha, algunas caminatas de hasta una semana y luego en lancha otra semana, y se repetía el proceso. Nunca habían tenido un desplazamiento tan largo; los secuestrados a veces pensaban que los iban a liberar, pero ya habían perdido esa esperanza, ya no eran tan crédulos como al principio, ya habían pasado tres años desde su secuestro, y a las malas se habían acostumbrado a eso. Porque ilusionarse y luego caer en la realidad era algo que les había pasado ya muchas veces, y lo único que quedaba presente era una abatida emocional que era muy difícil de soportar.

Sin embargo, les empezó a resultar difícil no ilusionarse una vez más, estaban caminando mucho, el terreno ya había cambiado, ya no era solo selva. Javier se lanzaba miradas con sus compañeros, «¿será?», se preguntaban constantemente, y siempre se

respondían entre ellos «no, no sea iluso Bernal». El apellido cambiaba usualmente, pero todos los soldados y policías pasaron por ese momento, y recibieron la respuesta que los aterrizaba. Ya llevaban cerca de un mes, tal vez más, caminando sin descanso, sin campamento fijo, sin púas o tablas, un mes en que la selva cambió su paisaje, un mes en el que floreció y se enterró la esperanza en múltiples ocasiones; hasta que llegaron a esa carretera, una carretera rural, no muy grande, pero una carretera, una carretera donde podían ver huellas de carros que habían pasado por ahí, y huellas de otras personas, una carretera que los reconectó con la civilización, con el planeta tierra, por más que resultara difícil de creer esta vez no podría nada, ni nadie matar la ilusión que levantó esa carretera cualquiera de un pueblo lejano.

— Grillo, ¿si ve esto? —preguntó Javier, incrédulo.

— Pues claro que veo huevón, nos van a liberar —respondió Grillo.

— Será, ¿usted cree? —preguntó Javier, para luego responderse a él mismo», pues

claro que sí, si nos están sacando acá es por algo, esta vaina es en serio.

Empezaron a caminar por la carretera, a cruzar puentes artesanales, y cada día se levantaban con más emoción, y a caminar con más euforia, y no estaban cansados sino que al contrario, querían que no se acabara el día para seguir caminando, para ver a dónde los llevaban, solo querían llegar, querían ver el final, querían ver a sus familias. Pero en vez de eso empezaron a ver a otros guerrilleros, a otros soldados, a otros secuestrados; habían reunido a todos los secuestrados de las tomas guerrilleras en este mismo lugar, y la razón no la sabían, pero algo iba a pasar, eso era seguro.

De un momento a otro concentraron a todos los secuestrados, y Javier oyó la voz que ya había escuchado en el pasado.

— Como ya lo saben, o se imaginan, los vamos a liberar porque el estado no da un peso por ustedes, me están comiendo mucho y me está saliendo muy costosos. Muchachos, ahora ustedes pueden decidir sí se quieren volar, pero esa sería una decisión

desafortunada, porque van a ser libres, pero sí se vuelan ahora van a quedar a su merced, así que compórtense por favor, no se vayan a volar y aguántense porque ustedes pronto estarán en libertad —les expresó el Mono Jojoy, y luego, como de costumbre desapareció de su vista.

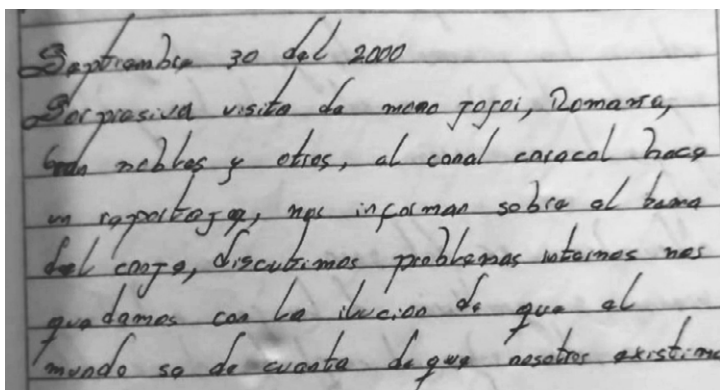
Estuvieron una semana en esta nueva zona, este último campamento; permanecieron ubicados en un espacio que les demarcó la guerrilla, y allí entre ellos mismos armaron su último cambuche. Ya se sentían libres, el aire se sentía diferente; Javier se la pasaba sonriente y tomando largas bocanadas de aire, era libre, incluso en un cambuche, incluso bajo la custodia guerrillera, incluso sin verdadera libertad, él ya era libre. En esa semana hablaron un poco con los secuestrados de otras tomas, usualmente se gritaban «eh y usted de dónde viene», «del Mitú, de dónde vienen ustedes», se respondían; y así una y otra vez.

Al sexto día de estar ahí el Mono Jojoy los volvió a convocar para dar un nuevo anuncio.

— Desde mañana volvemos al desplazamiento, esta vez ustedes se van a ir en esas camionetas que han visto llegar, ellas van carpadas como pueden ver. Yo les voy a pedir el favor que me respeten la lona, no me la vayan a rasgar, no me la vayan a dañar por favor.

Esas fueron las últimas palabras que Javier escuchó del Mono Jojoy, fue la última orden ¿o favor? que recibió de él, y extrañamente, esa fue la primera desobediencia. Esa noche iniciaron un camino que duraría toda la misma, en la camioneta nadie durmió, y tan pronto arrancó, empezaron a romperla, a agujerearla, estaban emocionados, querían saber a dónde iban. Cortaban la lona con cuchillas, la quemaban con cigarrillos, ampliaban los huecos con la mano, y asomaban la vista por las rendijas. Varios de los que se pudieron subir al techo iban narrando cada detalle de la travesía que estaban pasando, informaban si pasaban un río, si pasaban una trocha, si veían un animal, explicaban cómo era el terreno, etc.; mientras que los otros, entre ellos Javier, iban imaginando cada detalle que transitaban, como si de una radio-novela se tratase.

Sin que los soldados supieran, la guerrilla estaba haciendo un esfuerzo inmenso para transportarlos rápido y sin ser vistos. Tenían que evitar que su actividad provocara un bombardeo; así que por eso, mientras conducían a los secuestrados a la zona de despeje, estaban hostigando un pueblo cercano, propiciando que se concentrara la inteligencia, los aviones y todos los operativos sobre esa zona, y ellos así pudieran entrar a la zona acordada para la liberación sin contratiempos.



Septiembre 30 del 2000
Sorpresiva visita de mi hermano, Romario,
una neblina y otros, al campal caracol hacia
un reportaje, me informan sobre el tema
del camp, discutimos problemas internos nos
quedamos con la ilusión de que al
mundo se de cuenta de que nosotros existimos

Una vez allí, dividieron todos los camiones y secuestrados en dos grandes campamentos. Esa mañana llegó la prensa, arribaron de derechos humanos, la Cruz Roja y diver-

sas ONGs. A Javier y al resto los acosaban buscando entrevistas, fotos, corroborando su estado de salud y demás; pero Javier seguía tenso, pese a que estaba extraoficialmente fuera del secuestro.

Hubo incluso momentos tragicómicos, como la entrega de material para enviar pruebas de supervivencia, todos se reían de ver como Javier recibía hojas y lapiceros para que pudiera decirle a su familia que estaba bien, le entregaban al final de su secuestro, cuando menos lo necesitaba, lo que esperó durante toda su estadía en las diferentes zonas de concentración.

En ese lugar Javier vio a la distancia a Raúl Reyes, a Tiro fijo y a Raúl Conrado, quien fue a dar un concierto por el acuerdo. Finalmente los subieron nuevamente a otros camiones, esta vez sin carpa, y había gente alrededor de la carretera, que los vitoreaba como campeones de una copa importante, tal vez, campeones de la vida. Minutos después del viaje en el camión, los hicieron descender y caminar, había una gran cantidad de guerrilleros que se formaban como si se

tratase de una calle de honor a los próximos liberados; y detrás de la guerrilla había más gente, gente de la zona.

Ahora que caminaban este último tramo, Javier pudo escuchar realmente qué era lo que gritaban las personas, «bravo soldados», «estamos orgullosos», «bien hecho muchachos», escuchaba esporádicamente; pero para su sorpresa, lo que más les solían gritar eran palabras hirientes, insultos, odio, «comiendo gratis malparidos, rascándose la barriga sin hacer ni mierda, ustedes ya son guerrilleros», y demás barbaridades que Javier no entendía, por qué él tenía que también soportar el odio de la gente. Después de un tiempo solo se concentró en su libertad, en su felicidad, en volver a sentir ganas reales de vivir y no esa inercia que lo hacía seguir durante su cautiverio.

Al final de esa carretera había una larga mesa con varios funcionarios que tomaban algunos datos. Javier eligió una de las tantas filas que se habían formado con secuestrados esperando llegar a la mesa, esperando seguir pasando los filtros constantes de este proceso, de estos 3 años de cautiverio.

— ¿Nombre? —le preguntó a Javier la señora de mediana edad que tenía una camisa blanca, como todos los demás, y una seriedad inmaculada en su rostro.

— Bernal Cantor Carlos Javier —respondió.

— Número de cédula —continuó la señora.

— No sé, cuando me secuestraron yo ni me alcancé a aprender eso —respondió Javier; y la señora levantó la cabeza, mirándolo profundamente y quebrando con un brillo lacrimoso esa seriedad burocrática que tenía le respondió.

— No importa mijo, bienvenido a la libertad.

Después de ese despliegue notarial, los soldados oficialmente dejaban de estar en poder de las FARC, ahora el responsable de su vida sería la Cruz Roja internacional.

El revuelo

XVI

Todos los soldados sabían que su liberación era la noticia del momento, Javier veía mucho extranjero en la zona demarcada, muchos fotógrafos y periodistas, pero pese a ese ambiente, todos estaban ansiosos por salir de ahí, sin embargo, también estaba la costumbre de tres años de incertidumbre, ahora no sabían cuándo los iban a sacar de La Macarena para llevarlos a Tolemaida. Ya todos estaban ubicados en la zona de aterrizaje y estaba llena de gritos y preguntas, de impaciencia y afán; y se rumoreaba que no todos iban a llegar a la base ese día, sino que muchos se iban a quedar en esa zona, custodiados por la Cruz Roja, pero nadie quería eso, todos querían irse, estar un paso más cerca de sus familias, de su casa.

Había personas con listados en las manos gritando en busca de la atención de cada soldado que veían a la deriva «Nombre, nombre», y posteriormente indicaban en donde se debían ubicar. Javier estaba en el quinto grupo que iba a partir, sin embargo, un soldado que iba a salir en el primer avión se

desmayó cerca de donde estaba él, así que trajeron una camilla y Javier se prestó inmediatamente para ayudarlo a subirlo.

Ya cuando estuvo en el avión un soldado indicó que debían volver a sus grupos, pero Javier se dijo inmediatamente que no, ya estaba arriba, no iba a volver a la incertidumbre de no poder salir a la base de Tolemaida, decidió sentarse en el avión y salir de una vez por todas del Guaviare. Posteriormente iniciaron de nuevo los listados, eran unos tras otros, pero esta vez el personal de la cruz roja estaba llamando a lista y todos decían presente, menos Javier.

— ¿Usted cómo se llama? —preguntó el hombre con el chaleco que lo identificaba como Cruz Roja.

— Bernal Cantor Carlos Javier —respondió Javier, y el hombre de la Cruz Roja empezó a buscarlo en un entramado de páginas con nombres.

— Pero venga... yo a usted no lo tengo acá. No lo veo, usted no está —decía al aire ese hombre mientras esculcaba sus páginas, y Javier lo miraba con serena ansiedad— ¿cómo es que se llama?

— Bernal Cantor Carlos Javier —replicó Javier.

— No, yo no lo tengo a usted en este avión —le dijo el hombre; y Javier se quedó mirándolo y pensó «No, yo ya me subí y de acá no me bajo», mientras que estiró su boca hacia el frente y movió su cabeza en un zigzag que daba a entender un «no»—, tenga, escriba su nombre acá —le gritó el hombre pasándole una hoja y un lapicero que había sacado de su chaleco; para que finalmente Javier escribiera su nombre y acabara este momento de intriga.

Cuando ese avión, que le decían petrolero, en el que Javier se pudo colar, prendió finalmente, se escuchó un estruendo terrible, como el estallido de la pólvora en una de sus alas, en el lado izquierdo, donde precisamente estaba Javier, quien se asomó a ver por la ventana, y se percató que de la turbina estaba saliendo humo. Sintió cómo le cayó encima un peso asfixiante y terrorífico, y fue solo el mirar a su alrededor y observar la relativa calma del resto de los tripulantes lo que le permitió contener ese grito en su pecho y no dejarlo subir hasta su garganta. Se sintió a punto de gritar que lo bajaran, que ya no

quería irse en ese avión, pero consiguió apaciguar su pánico. Sin embargo, ese solo fue el comienzo, porque el avión dio un arrancón tan intempestivo que aplastó a todos contra sus sillas y se mantuvo haciendo ruidos durante todo el vuelo, y el descanso solo se dio cuando finalmente aterrizó.

Por fin bajaron del avión, el ambiente era aún más caliente que en la Macarena. «Todos ustedes, los del avión, síganme, vamos, vamos, vamos», gritó una voz de mando, y todos, haciendo una hilera larga, siguieron a ese señor vestido de camuflado. Llegaron a un hangar donde había más personas camufladas a las que no se les veía claramente el rango, y se escuchaba fuerte algunas órdenes que todos atendían, «aplaudan», y todos aplaudían, «suban» y todos subían, «bajen», y todos bajaban; pero realmente nadie sabía qué estaba pasando, ni por qué ordenaban estas cosas.

Pasó el tiempo y llegaron los tenientes y empezaron a separar grupos de 5 e informaron, «ustedes, detrás mío, que yo sé donde están sus familias, no se me pierdan», y los llevaron a un bus, que apenas y andubo 7 minutos. Se bajaron, y empezaron a ver las

familias, Javier quedó sorprendido cuando vio que "Almanaque", el soldado que estaba tatuado en todo su cuerpo, encontró a su papá y se dieron un abrazo hasta las lágrimas; Javier realmente no se esperaba eso, para él simplemente era otro momento en la vida y no sentía que eso fuera necesario. Él siguió caminando, viendo cosas que pasaban a su alrededor con los otros cursos, cosas que lo sorprendían, como madres que se desmayaban, las reacciones de los soldados al recibir noticias que no les habían dado durante el secuestro, pero definitivamente lo que más le sorprendió fue ver que el reencontro de Caballero con su papá, y su sorpresa al ver a su padre en silla de ruedas, Caballero no podía creer, ni entender por qué su papá no podía caminar, era algo tan sorprendente y esos momentos los empezaban a aterrizarlos sobre el largo tiempo que pasaron en el secuestro.

En medio de esa caminata contemplativa e inquisidora de Javier, en la que buscaba la cara de su familia sintió como desde su espalda lo detuvieron abruptamente con un abrazo. Se sintió abrumado, era algo que definitivamente no esperaba, ni quería, así que se volteó para poder entender, y vio final-

mente a su mamá, y al lado de ella estaba su papá, que también se acercó a darle un pequeño abrazo. Habían pasado 4 años desde su permiso, que fue la última vez que los vio, él estaba feliz de ser libre y de verlos de nuevo, pero también estaba ansioso y ese sentimiento de abrumación por el abrazo no desapareció, ni siquiera al enterarse que era su mamá. Javier estaba reacio a ser tocado, y aún más, a ser abrazado.



Se sentaron en una mesa, y Javier, que continuaba viendo los reencuentros, constantemente se preguntaba por qué se sentía así, era extraño, pese a que no esperaba llorar o desbordarse en sentimientos, tampoco creyó que se sentiría tan reacio al contacto. Solo tenía el anhelo de la libertad y poder caminar sin que nadie le dijera que se parara o hiciera una u otra cosa.

Luz María había pedido permiso en el trabajo para poder estar este jueves con Javier, mientras que Carlos Alberto, el papá de Javier, ya estaba pensionado. Desde el ejército no se les dio la información clara, porque no les dijeron que se podían quedar acompañando a sus seres queridos liberados, así que ellos solo habían llevado la ropa que tenían puesta, así que pasaron la noche en ese lugar, pero a la mañana siguiente se fueron a Bogotá.

Javier, al igual que el resto de los soldados, debía permanecer un fin de semana en Tolemaida, porque debían tomarse varias pruebas en esos días y el tiempo libre lo podían pasar con sus familias, aunque el Teniente solo permitió que este fuera corto y posteriormente los llamó de nuevo y les pidió que

lo siguieran hacía el alojamiento donde se iban a hospedar mientras que estuvieran ahí. Por otro lado algunos de los cursos recién liberados, incluso uno que estuvo con él en Miraflores, estaban sentados en una tienda tomando cervezas y hablando entre ellos.

Antes de ingresar al alojamiento pasaron por un lugar donde les entregaron algo de indumentaria y les pidieron devolver los camuflados que les dio la guerrilla; era tal la cantidad de ropa que se formó un enorme montón, y habían algunas personas del ejército que decían que eran traídos de Venezuela. Cuando el Teniente finalmente los llevó al alojamiento les dijo que se bañaran, y los soldados, de forma apresurada, se dirigieron a la ducha y se bañaron, en 5 minutos ya estaban formados de nuevo con el teniente; algo que le pareció sorprendente.

— Uy, ¿pero por qué se bañaron tan rápido? —preguntó el teniente.

— No mi teniente, pues así es no, ¿cómo así que muy rápido? —respondió Javier.

— No, no, cómo así, pero ustedes vienen de tres años de estar por allá en el monte

secuestrados —inició diciendo el Teniente—, no, venga, pero demórense que no hay afán, tómense un momento y báñense tranquilos, enjuáguese y vuélvase a enjuagar —puntualizó; pero por supuesto ellos no volvieron a la ducha.

Posteriormente el teniente se fue y un Dragoneante quedó a cargo, cuidándolos; en ese momento Javier sentía muchas ganas de salir, pero todavía sentía miedo, como si estuviera secuestrado mentalmente; pese a que sus pies le decían, que fueran a caminar y a explorar, su mente le decía que no podía, pero finalmente se decidió a preguntarle al Dragoneante.

— Qué pena mi Dragoneante, ¿será que puedo salir? —a lo que el Dragoneante se quedó mirándolo y le respondió en tono de regaño.

— Acaso ve rejas acá, o es que yo soy carcelero. Salga, vaya a ver que hace... haga algo —Javier asintió, mientras pensaba «pues sí, no, yo tan huevón», y finalmente se decidió a salir.

Pero al llegar a la orilla de la puerta, la franja que dividía este nuevo espacio de cautiverio autoimpuesto, no pudo dar un paso más, se devolvió y se acostó en su catre asignado. Todo el fin de semana se la pasó detrás del Teniente, siguiendo sus pasos, sus órdenes y sus sugerencias. En ese tiempo le hicieron chequeos médicos de todo tipo, entrevistas y un video en el que les solicitaron indicar su nombre, lugar en donde ocurrió su toma, rango en el ejército y qué les ocurrió. A Javier le sorprendió el grito aleccionador cuando dijo que era «prisionero de guerra», «ustedes no eran prisioneros de guerra, eran secuestrados». Cuando finalmente no quedaba más que hacer, Javier con tal de no quedar a la deriva, se apegaba a los grupitos que se iban formando.

Hasta que finalmente llegó el día de volver a Bogotá, le dieron un papel para firmar y entregar en el batallón de sanidad, y una maleta azul, luego de eso los subieron a un bus, que diferente al de la Policía, no tenía escoltas motorizados, ni una caravana que los acompañara a Bogotá previo a que los embarcaran en un avión a Cali. Los soldados simplemente se subieron a buses que los lle-

varan a sus regiones de procedencia; Javier escogió un bus hacía Bogotá que lo dejara lo más cerca posible a su casa; en esas 3 horas de trayecto vio cómo algunos soldados se bajaban del bus y tenían una comitiva de recibimiento que los llevaba finalmente a casa, y él se preguntaba si le esperaba algo similar, pero rápidamente se respondía que no, todo el mundo tiene sus ocupaciones.

Finalmente, el bus lo dejó en la Avenida Agoberto Mejía, cerca a la famosa plaza de Corabastos; Javier se bajó en soledad, agradeciendo el viaje, y empezó a caminar hacía su casa, por la ruta que él conocía antes del secuestro, y se iba sorprendiendo de los pequeños cambios, la desaparición de algunas cosas y el levantamiento de otras. Carlos quería comprar un Chocorramo en la cigarrería, como solía hacerlo antes, pero no tenía un peso encima, así que siguió su camino.

Cuando llegó al barrio no quería que nadie lo viera, sin embargo, el barrio estaba vacío, y Javier empezó a presentir que le estaba esperando una reunión, por lo que inició a decir para sus adentros, «ojalá que mi mamá no me tenga nada, que no me vaya a preparar esas tales sorpresas que ahora no

quiero saber de nadie, ni que estén encima mío», así que se puso la capota de su saco para tapar su cara, y llegó a la puerta de su casa, tocándola con la clave de costumbre, el hombre que le abrió la puerta era flaco y más alto que él, pero era sin dudas ese mismo niño al que le llevaba 7 años de diferencia y que no veía desde hacía años, el mismo al que se esmeraba cuidándolo y tapándole algunos daños, y por el que daba la cara para que su mamá no lo castigara tan fuerte.

— Qué hubo —le dijo mientras abría los brazos, y lo abrazaba rápidamente.

— Alexander, ¿y usted está solo? —Le preguntó Javier.

— Sí, mi mamá salió ahí a la tienda, y su papá también anda por ahí en la calle —le dijo Alexander.

— Ah, ya —finalizó Carlos, se quitó su maleta y se sentó a esperarla en la sala.

5 minutos después entró Luz María muy contenta de que hubiera llegado, preparando un almuerzo, moviéndose para uno y otro

lado, con mucha dicha, y le preguntó a Javier que si ya se había asomado a su cuarto. Después de decirle que no, se levantó y entró, en donde encontró una pancarta que habían hecho unas vecinas y decía «Bienvenido»; Javier puso las cosas en su lugar y salió del cuarto para esperar el almuerzo, que estaba próximo. Su papá llegó a los pocos minutos, lo saludó con su seriedad acostumbrada, pese a que se le notaba la alegría.

Luego del almuerzo, Carlos Alberto con su tosquedad y seriedad acostumbrada le dijo, como ordenando, a Javier «vaya recuéstese allá y duerma un rato», a lo que Javier le hizo caso y pese a que no tenía sueño se fue a acostar con los ojos cerrados. Tiempo después escuchó cómo empezaron a llegar los vecinos a saludar, y se percató que su padre abrió la puerta.

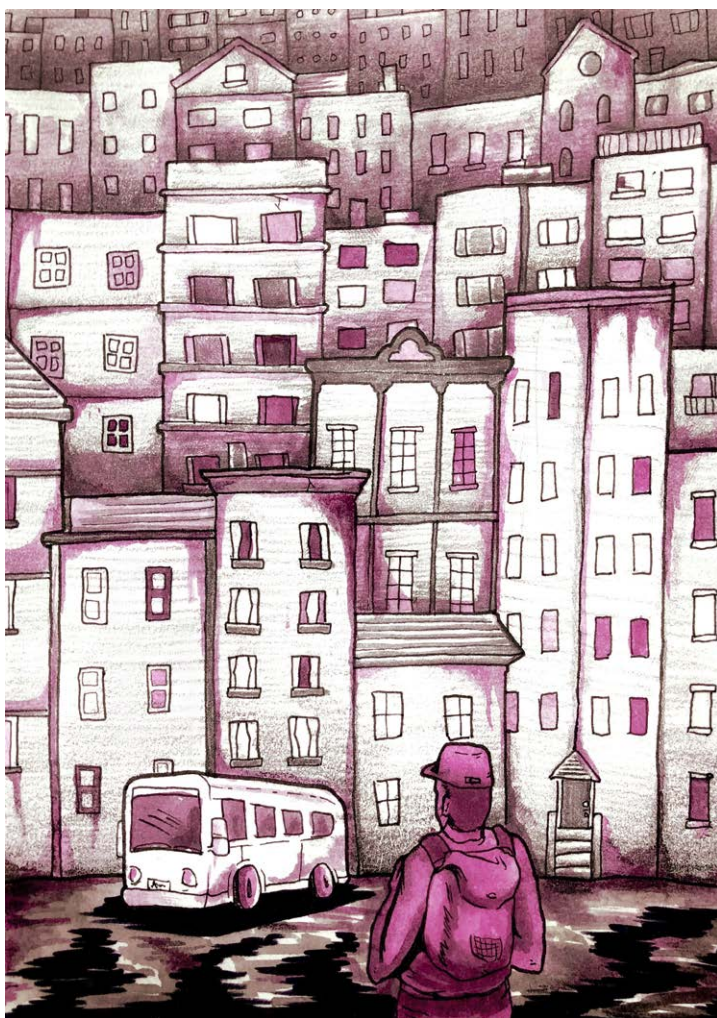
— Buenas tardes, ¿verdad que ya llegó Javier?, lo queremos saludar —le decían a Carlos Alberto.

— Él ahora está durmiendo, está descansando, no puede atender a nadie —respon-

dió Carlos Alberto en tono seco, evitando que cruzaran la puerta.

No fue sino hasta las horas de la tarde, cuando Carlos Alberto se fue, que los vecinos volvieron a saludar, y Javier se vio sometido a la multitud alegre que entre morbo, felicidad e intriga, se acercaban interesados en verlo.

XVII 22 años



Tras el secuestro, Javier empezó a hallar un espacio sanador en la caminata, tenía que lidiar con nuevas realidades que lo chocaban mucho, y lo hacía sentir bien, despejado, el caminar sin rumbo. Después de llegar a su casa, tuvo que ir un par de veces al batallón a que le realizaran diversos exámenes médicos, todos parecía aprobarlos, en todos los doctores le decían que estaba bien para continuar, Javier veía su futuro como militar profesional un hecho; sin embargo, un tiempo después de empezar todos los trámites recibió un comunicado donde le informaban que no estaba apto para continuar con una carrera profesional, debido a que no había aprobado los exámenes psiquiátricos.

«Pero si ese man me dijo que yo estaba bien», fue el primer pensamiento, y luego le vino la certeza de que su vida quedaba a la deriva, eso era lo que había planeado hacer, quería seguir su camino profesional en la institución de la que se enamoró por sus costumbres, que le dio la oportunidad de vivir experiencias valiosas como viajar, subirse a

un avión y a un helicóptero, proteger gente y sentir un respeto especial por su ocupación. Pese a la horrible experiencia del secuestro, Javier se sentía atado a la institución, y ahora le habían negado la oportunidad sin siquiera darle la cara, sin un agradecimiento o una despedida, solo con un papel que decía que le daban la baja.

En su casa las cosas eran un poco tensas, por un lado, Javier no toleraba mucho el afecto físico y la sobreprotección de su mamá, y por otro, tenía conflictos con su hermano que estaba pasando por su adolescencia y tenía comportamientos que chocaban mucho con el estricto orden al que venía acostumbrado, y terminaban en peleas, distanciándolo un poco de su familia. Usualmente se sentía más cómodo en la soledad, o con cursos que habían pasado por experiencias como la suya, especialmente los que estuvieron con él en el secuestro, a los que veía en sus visitas protocolarias al batallón.

Este tiempo fue de autorreconocimiento y de reconocer este nuevo mundo, de esta nueva vida, de los nuevos retos a los que se tenía que enfrentar. Javier recibió la oportunidad de terminar su bachillerato, gracias a la funda-

ción Matamoros que lo invitó a hacer parte de un proceso que le permitiría culminar sus estudios, esos estudios que en su momento no pudo continuar porque su estabilidad económica se lo impedía, ese camino truncado que le dio el último empujón y lo llevó a tomar la decisión de prestar el servicio.

Tras terminar su bachillerato soñaba con continuar en una carrera profesional, sin embargo, esto no pudo ser posible al no tener estabilidad laboral, ni apoyo gubernamental; así que decidió iniciar un largo proceso de vaivenes laborales y emocionales. Probó por algunos meses en diversos trabajos como vigilante, ayudando en Corabastos, entregando material del periódico El Tiempo, entre otros. No se sentía cómodo, no sabía cómo llevar su vida, nadie más que su familia estaba con él para apoyarlo, el ejército le daba la espalda después de haber entregado su vida en el servicio. Se dio cuenta que estaba a la deriva, siguieron sus caminatas y cayó en un hoyo, en el que se sentía totalmente atrapado, pero que creía que nadie notaba; hasta que la mamá de uno de sus compañeros de secuestro le sugirió hacerse un examen psiquiátrico, en él confirmaron que no estaba bien, así que, bajo medios jurídicos,

al interponer una tutela a la Institución en el año 2000 o 2002 y a partir de una junta médica que constató su estado de salud mental y la crisis por la que estaba pasando, logró después de una fuerte lucha en el año 2006 obtener su pensión, que además venía acompañada de algo que era urgente, la posibilidad de un tratamiento psiquiátrico y por algunos meses y de forma intermitentemente tuvo que internarse en una clínica. Eran momentos donde Javier estaba en la casa de su madre y cuando sentía que no podía controlar sus episodios críticos de estrés y ansiedad se dirigía a la clínica donde lo valoraban y determinaban que debía quedarse, o solo debían realizar un cambio en su medicación; así que Javier se la pasaba entre la casa de su madre y la clínica.

Tras unos años de estar en el proceso médico y tratamiento continuo, Javier empezó a conocerse, y empezó a sentir que podía controlar lo que sentía, y a mantenerse lejos de la clínica, ya sabía cómo funcionaba su cuerpo y su mente, sabía qué lo calmaba y cómo mantenerse en control. La relación con su hermano empezó un proceso de proximidad, él había crecido mucho y había tenido cambios en su comportamiento y la forma de

ver la vida, asimismo Javier ya tenía ideas y comportamientos menos estrictos. Las cosas parecían mejorar y Javier se reencontró con Rocío, aquella mujer que estuvo en su despedida antes de irse al ejército, empezaron a hablar de nuevo, a reencontrarse con su antigua historia, con su relación y en vaivenes de cercanía y lejanía, teniendo que atravesar las crisis propias de un hecho que dejó cicatrices tan grandes como el secuestro.

Aunque Rocío quería tener una relación formal, que construyeran un hogar juntos, mientras que él no estaba preparado, se sentía cómodo con una relación sin tantas ataduras, mientras que ella esperaba pronto empezar una familia. En un momento en el que estaban un poco alejados ocurrió un hecho que terminó por definir algunas decisiones del futuro, ella estaba embarazada, y ninguno de los dos lo esperaba, los porqués y los reclamos no faltaron, hubo lejanía, pero a sus 31 años, con Valery Samantha, su hija, Javier tomó la decisión de conformar una nueva familia, y empezar otro capítulo en su vida.

Sin embargo, la convivencia no era fácil, Rocío tenía proyecciones profesionales muy claras, por otro lado, Javier todavía no ter-

minaba de saber qué deseaba hacer, y cuando creía que estaba seguro, ocurría algo en su vida que se transformaba, pausaba o acababa sus intenciones; le pasó con el ciclismo, con el arpa, con la universidad, y con el trabajo. Todo ello generaba choques, no fue fácil, mucho menos al principio, así que decidieron asistir juntos a terapias de pareja, y eso ayudó a que empezaran a compartir costumbres y sendas, les permitió ponerse de acuerdo para iniciar la compra de una vivienda propia, y otras cosas más.

5 años después de eso nació su hija menor, Emilick Sophía, a ella Javier la pudo tener en sus brazos desde el primer momento. Los años siguientes se llenaron de amor en su familia, de conocimiento y aprendizaje, viendo cómo crecían sus dos niñas, que se volvían esa ilusión y motor de su vida, sobre todo cuando llegó la pandemia donde se distraía con sus hijas, apoyándolas, cuidándolas, ayudándoles a estudiar, y así su rutina se volvió principalmente acompañarlas, y cuando ganaron el año escolar, él gritaba «ganamos el año», porque ese era un triunfo de familia.

Tras la pandemia las cosas cambiaron y las rutinas también, lo llamó un curso y le invitó

a trabajar en construcción, y él aceptó, ahora que no tenía a sus hijas para pasar el día con ellas, necesitaba hacer algo, no quería mantenerse en el sofá o en la cama, así que tomó este empleo donde estaría con alguien que conocía, y podía ocupar su tiempo. Con Rocío habían alcanzado una constancia en la que tuvieron que superar obstáculos y crisis emocionales, ella tuvo que acompañarlo en procesos clínicos y siempre estuvo entusiasta en que Javier iniciara otros proyectos académicos o laborales, pero él no terminaba de sentirse cómodo, mientras que ella mantuvo un proyecto de crecimiento profesional y eso parecía abrir una brecha, la cual controlaban y se mantenían juntos, hasta que en el año 2022 decidieron que sus caminos debían seguir de formas diferentes, porque sus proyectos a futuro se iban tornando muy distintos.

Hoy Javier sigue caminando, así como lo hacía después del secuestro para sentirse mejor, pero esta vez además caminando por la vida, buscando encontrar su lugar, lo que desea hacer. En algún tiempo espera regresar al campo que dejó hace tanto y así volver a sentir la paz de aquellos años de infancia en San Pedro, la paz que la guerra le ha quitado.

Epílogo

La historia de la violencia de grupos civiles armados en Colombia ha sido una constante que se fue normalizando desde los principios republicanos de este país, en estos siglos se han ido desdibujando las razones, los métodos, los actores y principalmente, las víctimas, que sin importar su procedencia terminan siendo castigadas constantemente antes, durante y tras sufrir directamente los hechos victimizantes. Las víctimas se vuelven números, simples estadísticas que se usan en mecanismos de expresión política desde todas las corrientes existentes. Carlos Javier Bernal Cantor es más que un número, tiene un nombre y vivencias que se hacen visibles a los ojos del mundo, hoy esas vivencias se expresan por miles de nombres, personas e historias, que han sido resumidas a frívolos números, se expresa además por el dolor sufrido de sus seres queridos, que también se merecen el respeto y la justicia del que carecen los números.

¿Qué clase de justicia podría ofrecer esta sociedad a las víctimas?, ¿cuál es el ejercicio de reparación adecuado?, esas son las pre-

guntas que debemos responder los colombianos como sociedad y las instituciones estatales, y que las víctimas tienen claro con dos exigencias constantes: la verdad y la paz, porque la verdad les dignifica y los repara, y la paz puede permitirles cerrar definitivamente las heridas que causa la guerra. El proyecto Memoria y reparación lleva 3 años de trabajo ambicioso y retador, y se propone perdurar en la vida de todo aquel que se tope con él. Este proyecto se atrevió a escuchar la verdad de 8 familias, a dignificarlas de forma directa; y de forma indirecta contar la verdad de miles.

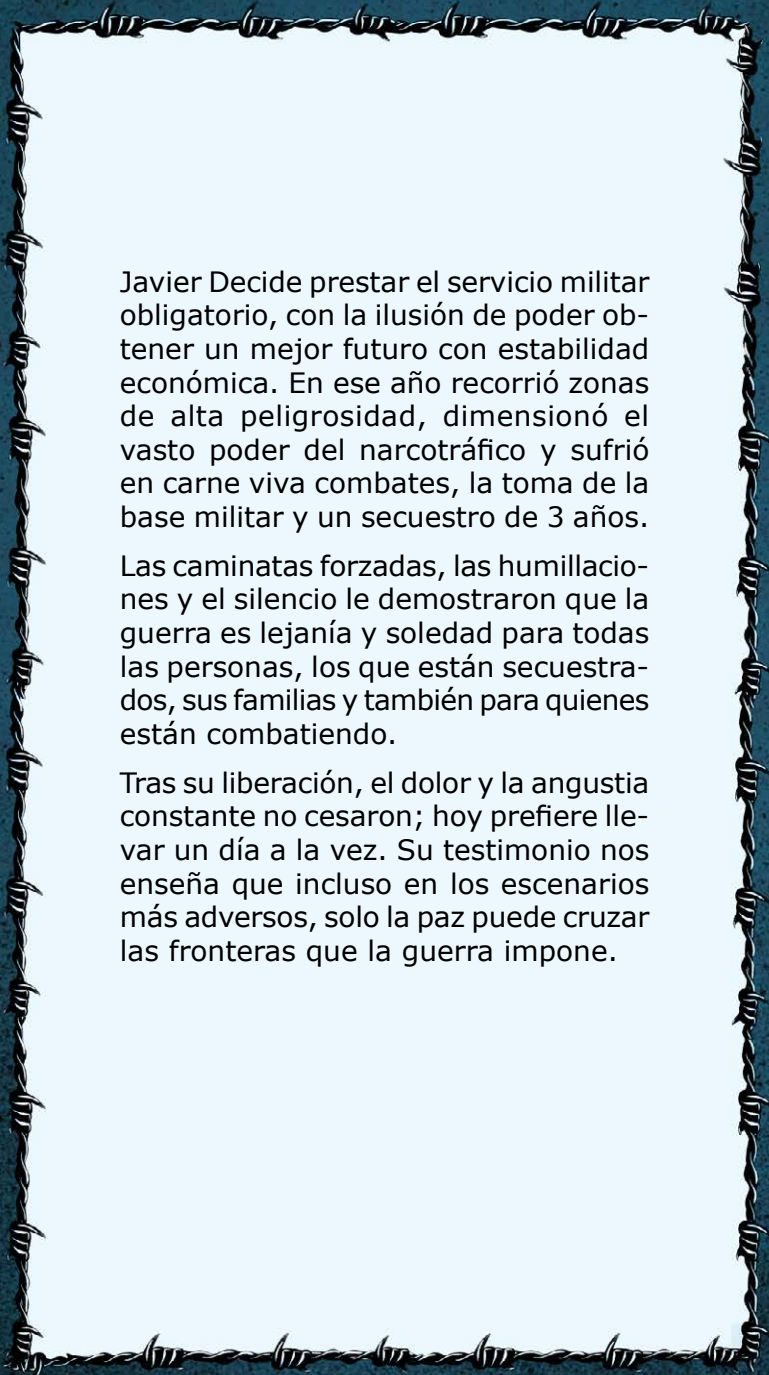
La paz y la reconciliación son ejercicios aún más complejos que el de la verdad, pero estamos convencidos de que este pacto social por la paz nacional no se puede dar sin decisiones políticas. En uno de nuestros tantos encuentros le preguntamos a Javier si su liberación —que se dio en el marco de un acuerdo humanitario entre la guerrilla y el gobierno nacional— se habría dado igualmente si hubiera estado en el gobierno siguiente a su liberación —el cual se enmarcó en una política bélica de lucha frontal contra las guerrillas—; y Javier, con certeza absoluta, sin vacilaciones, indicó que eso no habría ocurrido, que él fue afortunado.

Ese pequeño momento nos convenció rotundamente que, pese a que las políticas bélicas pueden dar resultados, jamás podrían ser tan efectivas como tomar la decisión sin demoras y con responsabilidad, de llegar a acuerdos para firmar una paz, una paz dialogada y que permita la tranquilidad y el gozo de un país. Pese a que el diálogo puede ser la vía más compleja, siempre debe ser el camino predilecto, y se debe tomar la decisión de rechazar la guerra sin titubeos, porque esta hace mucho daño y ha marcado muchas vidas, así como la de Javier y su familia.

Solo la paz puede cruzar las fronteras que la guerra crea y arrecia; por eso esta, la historia de Javier, es una historia de paz y reconciliación; una que en múltiples formas muestra cómo incluso en los escenarios más adversos, ese don supremo del ser humano, esa empatía, siempre terminan triunfando. Si no lo vio de esa forma, amablemente le sugerimos repasar esta historia.



Esta obra ha sido publicada
por el proyecto Memoria y Reparación.
Los trabajos de la primera edición fueron
terminados en noviembre de 2025 en los
talleres de Imagen Editorial S.A.S.
Bogotá, D.C., Colombia



Javier Decide prestar el servicio militar obligatorio, con la ilusión de poder obtener un mejor futuro con estabilidad económica. En ese año recorrió zonas de alta peligrosidad, dimensionó el vasto poder del narcotráfico y sufrió en carne viva combates, la toma de la base militar y un secuestro de 3 años.

Las caminatas forzadas, las humillaciones y el silencio le demostraron que la guerra es lejanía y soledad para todas las personas, los que están secuestrados, sus familias y también para quienes están combatiendo.

Tras su liberación, el dolor y la angustia constante no cesaron; hoy prefiere llevar un día a la vez. Su testimonio nos enseña que incluso en los escenarios más adversos, solo la paz puede cruzar las fronteras que la guerra impone.